

de

José Vatalaro

Palabras preliminares del autor

Los cuentos y los relatos asumen menudas diferencias.

Ciertos escritores no se ponen de acuerdo al respecto. Algunos sostienen que no las hay en absoluto y otros resuelven el asunto sustentando que si bien el relato se puede dividir en capítulos o secciones el cuento, en cambio, conserva su orden aparatoso habitual, casi teatral.

El cuento es una narración sistemática muy bien organizada de sólida estructura en todos los casos: *introducción*, *nudo* y *desenlace*, generalmente arraigado en la cultura popular y que suele tener carácter de doctrina surtido, a veces, de una moraleja o enseñanza final

El relato, por su parte, conlleva una narración menor que una novela corta o *nouvelle* y no suele mantener la misma estructura que el cuento.

Algunos relatos están faltos de una conclusión o desenlace y mucho menos de esa moraleja que nos deja una lección. Además, matizan por su diversidad de género pudiendo abarcar cualquier estilo y variadas búsquedas literarias.

De todos modos, el cuento y el relato en un punto coinciden, es decir, forman parte de la misma exquisita validez que anima a un escritor a correr a escribir lo que tiene para decir.

JV

Chileno el hombre había sido

Chileno el hombre había sido, matón y pendenciero, de los pagos del arriero que cierto día cualquiera por poco no achuró (dejándolos malheridos) a tres borrachos perdidos que quisieron robarle el caballo, tiempos de patrones y lacayos, y se comió flor de gayola de medio año en calabozo, cuero duro tenía el mozo porque al salir en libertad justiciero se creía, fue al boliche “La Manía” a buscar al funcionario y con dos sopapos en el labio le partió la jeta al jineta, el tal comisario Barletta, Florencio de nombre propio, sin apodo conocido, hombre de pocas pulgas, de la ley muy obediente y del juez tan respetuoso, que nunca se hizo el oso cara a cara con el guapo; y usando la mano abierta del derecho y del revés, con cinco dedos a la vez le hizo tronar los dientes, que el pobre anduvo sufriente sorbiendo de una pajita y hasta el Cabo Murabita (varón zonzo si los hay), hombre de escasos cojones, se mataba de risa escondido en los rincones.

Pero esta reseña antigua del arriero guapo y fiero hoy ya es parte de la historia y no viene al caso

traerla a la memoria, por eso, mejor hablemos del chileno...

Era hombre venido del sur, nacido en Valparaíso, donde hizo lo que quiso hasta que lo pilló la *milicada* chupando en una ranchada junto a dos de sus secuaces cerca del Alto Paraje... y tuvo que salir de raje cruzando la cordillera abajo de una arpillera aguantando, este sotreta, el crecido ajeteo de tremebunda carreta.

Malacara era su apodo: en el medio de la frente un manchón de mala suerte (fruto de nacimiento) lucía con pertenencia y en su ganchuda nariz ¡qué terrible cicatriz!... pues de un artero codazo dejó su marca un chambón de fuerte brazo aquella noche en el garito al querer trampearle el naípe.

Pasando por tipo bueno el chileno se instaló (como quien no quiere la cosa) en Barrancas del Sur entre Chiloé y Las Fosas, fiero suburbio de *malandras* con cero *vento* en el bolsillo, y fue astuto *poligrillo* buscando en tiempo entero meterse en algún entrevero para juntarse unos mangos.

Malacara tiene el lema que repite a truco y treta: “*Agarráte* si me apuro a tajarte de un *lao* la jeta”.

La curiosidad aumentaba el interés por el tipo, crudo, enérgico, cansino en su manera de andar (tan común en arrabales), causante de malestares tanto a justos y a bribones que moraban por ahí.

Hasta una vez yo lo vi con estos ojos propios míos agarrarse con otro, llevó la diestra al tahalí, ligero cual colibrí sacó el puñal *cabo e´ plata* y enroscado en su antebrazo el rojo poncho *criollazo* le asestó ocho chuzazos, cuatro de cada lado, en las andorgas al matón que cayó hecho un jirón con las tripas fuera del cuerpo y ese olor a perro muerto que no se puede explicar.

Y como ese otro sobrevivió, el chileno se salvó de veinte años en calabozo.

No se le conoció mujer que acollarara al sujeto, solamente una querida que de vez en cuando rondaba su rancho en las afueras, colorada la madama, alta, gruesa y medio fiera, orejas *punta e´ flecha* y nariz *pico e´ loro*, cintura ancha de pollo, llena de manchas la jeta y ese lindo par de tetas saltándole de la blusa que todos querían ser crío *pa´ prenderse de queruza*.

Averiguando las causas que armaron flor de quilombo pregunté sin hacer bombo a todos en la

barriada, mas nadie decía nada de este Otelo trasandino.

Resulta que el infeliz era celoso nomás, escamado y resentido, no quería que un *alzado* se acostara con la mina, pero la moza dispuesta era mujer más que lista, siempre alternaba en la pista tango, milonga y comparsa, *vigüela*, flauta, acordeón, rindiéndose al patacón del gaucho que se acercara a querer hocicarle el cuello y llevarla hasta la cama.

Una tarde saqué en limpio que su querida era buena (Penélope que no miente), que lo amaba a su manera pero él no le daba crédito: *Palabras sueltas nomás, lengua larga e´ mujer igual a una serpiente*, decía el imprudente en larga ruedas de amigos ya avanzada la noche y aturdido por el vino.

Se cuenta que en una cruda madrugada de invierno tuvo un cierto mal sueño donde la vio en brazos de otro revolcarse a la fulana y, ante semejante macana, postrado como quien más, prendido a esa pesadilla bajó las escalerillas y encontró el noveno infierno. No era Virgilio ni Dante el protagonista del mal, sino el Pardo Vidal, su encarnizado rival que jaquecas le traía induciéndole aflicción a sus viejas

fantasías, un apuesto joven cantor suelto para el cuchillo... tentador para el amor.

La colorada mañosa resultó ser engañosa (el sueño así lo indicaba), mujer de estilo y porfía que a pata ancha dormía en la vida real mientras el chileno sufría a causa del tal Vidal.

Entonces, dormido como un hurón y sudado como un marrano, ni lerdo ni perezoso no pudo evitar el mozo pensar en la extrema dura condena que a cabo iría a llevar encerrado en cuartelillo, allí donde el hambre crece y el frío cala los huesos de milicos y de pillos. Que en su medio despertar el rival ya no estaba pero lo había visto patente y al primer grito de horror de su querida, un chillido estridente, volvió en sí despabilándose del todo y viendo que estaban solos (en calzones él y ella en camisón) le extrajo del pecho el facón donde se lo había clavado.

Pesadillas que le dicen, pobre y desdichada mujer, pagar por su querer y costear con la vida el sueño pesado de un tal sujeto arrebatado.

Su querida (al fin se supo) no había hecho alarde, ni faltado, ni fingido verdad al extender su compromiso jurándole amor eterno aquel memorable invierno. A la certeza jurada nunca creyó el Malacara,

hombre rudo, ignorante, y comparó las palabras de su amante con un guante sopapeándole la cara.

Una partida de quince, cargada de rencor y porfía, resuelta lo fue a buscar para llevarlo a prisión donde el encerrón pasaría. “Sólo se trató de un sueño malo”, confesó el indecente y escribieron los cronistas a la mañana siguiente.

El chileno daba pena sabiéndolo lejos del pago, allá en Valparaíso, donde hizo lo que quiso pues mañas no le faltaban, escapándole a la Ley, no obstante la *millicada*.

Y la pobre colorada en medio de la cama muerta con su gorro de dormir y en posición perniabierta sincera al fin había sido, mujer fiel a su marido y odiada por la *mersada* fue diosita de trapo ensartada con un facón, mujer digna del perdón de muchos en la barriada.

Así lo hicieron saber a sus deudos en el velorio, mas sobrevino el jolgorio al enviarla al crematorio y sacársela el cura de encima. “Nada de ama y señora, ni monjita de guardar, flor de puta resultó en vida la colorada ladina”, opinaban dos vecinas con sus lenguas viperinas observando acontecer por detrás de

las cortinas, sin querer reconocer que leal la mina había sido.

Malacara al fin aprendió que toda mujer es sagrada, estuvo la *milicada* tratándolo con fiereza para meterle en la cabeza a fuerza de machacar, haciéndole sentir rigor, que nada se arregla a los tajos en la Viña del Señor.

“Ni una menos” debió escribir el chileno cien veces en un cuaderno mugriento, hasta que le llegó el momento de estirar bien duras las patas mientras perpetua cumplía a causa de la achurada.

De esto se trata, es sabido: “Si lo malo no tiene castigo lo bueno no tiene sentido”.

Esta historia, carente de gracia y de gloria, debiera quedar en la memoria de todos quienes la leen: los celos, amigos míos, corren bravos como el río después de la sudestada llevándose todo de frente, y arrasa de repente con la calma, la verdad y la paciencia.

Por eso, dice la ciencia, que al tragarse la píldora adecuada antes de ir a la cama el músculo se le relaja y el nervio se le empareja en profundo blando sueño hasta un nuevo despertar.

O mejor hacer como hacía Baco, dios de los mil destinos: llevar por el buen camino el tinto color del vino para buscar en el alcohol el sueño reparador que ayude a evitar las pesadillas y descansar de maravillas cada cual a su manera, lejos de los monstruos circulando en la sesera.

Censo Nacional de Personas y Hogares

La cosa estaba mal. Había cerrado la fábrica y todos quedamos en la calle dejando atrás una gran parte de nuestra vida como obreros metalúrgicos. Mi título de “Tornero Matricero” servía de poco entonces y, para decirlo en buen castellano, podía metérmelo bien en el culo.

Por ningún lado había laburo y la posibilidad de conseguir uno más o menos decente empeoraba cada día. Para colmo la inflación no paraba y el segundo pibe que ya venía en camino.

Hacía algunas changas, sí, cositas que surgían y me dejaban unos mangos para ir tirando. Ayudé a levantar paredes, vendí medias en la calle, peines en los colectivos, repartí panfletos, hasta fui vendedor ambulante en los pueblos vecinos y decenas de parabrisas limpié en el semáforo largo de cuatro manos de Oroño y Pellegrini. Después vinieron unos tipos a coparme de *prepo* la parada y de mala manera me echaron a patadas del lugar. Al principio me resistí pero, cuando vi que estaban armados con cuchillos y eran miembros de una banda de mafiosos barras

bravas de un club de la ciudad, pensé que sería mejor dejar la esquina.

Estaba realmente desesperado y, al estar desesperado, uno hace cualquier cosa. Por eso no dudé en anotarme como censista después de leer un aviso en el diario. Se venía el “Censo Nacional de Personas y Hogares”. El gobierno, no sé para qué, quería saber cuántos éramos los argentinos, dónde vivíamos, cómo vivíamos y con quién vivíamos. El anuncio decía que pagaban bastante bien. Yo pensé que no estaría mal por sólo un día de trabajo. Eso sí, tendría que patear la calle como un cartero, pero qué me importaba si necesitaba la guita más que perro el hueso.

Me presenté al día siguiente.

La concurrencia fue enorme, había como mil tipos haciendo cola. Yo no soy una lumbrera, lo sé, pero tengo estudios de escuela técnica y llegado mi turno pude responder las preguntas que me hicieron en un test antes de contratarme. El asunto fue que, dos días después, llegó a casa una citación para ir a recibir directivas. Eso hice, y en media hora me explicaron todo lo que debía saber. Volví a casa con una carpeta celeste y blanca llena de planillas,

formularios, un estuche con media docena de gomas de borrar, lápices con la inscripción: “Argentina puede” y decenas de calcos con la imagen del Escudo Nacional y la frase “Gracias por colaborar” que los censistas debíamos pegar en la puerta de entrada de cada domicilio, o en lugar visible, terminada la faena.

Yo me quedé pensando en la frase “Argentina puede”. ¿Qué podía Argentina en aquellos años?, sinceramente no lo sé, que alguien me lo explique.

El trabajo debía hacerse un domingo a partir de las ocho hasta terminar. ¿Justo un domingo que tengo por costumbre asar la faldita, tomar vino de mesa e ir a la cancha de colado con los muchachos? Una macana, pero como bien valía la pena, el sábado me acosté tempranito a eso de las diez para descansar bien y estar entero al día siguiente.

Ese domingo de mayo se presentó frío y soleado, me acuerdo, contrariando la historia que nos cuenta Billiken. Eugenita dormía. Tomé unos mates, le di un lindo beso a mi mujer y salí, carpeta en mano, *sánguche* en bolsa y una botellita de agua mineral a esperar el trole que me llevaría al barrio donde tenía seis manzanas asignadas para censar, allá... cerca de Plumas Verdes.

Por suerte había muchos terrenos baldíos.

La verdad es que la encuesta no era para nada complicada. Se trataba nomás de una serie de simples preguntas. Una boludez, si se quiere. Y a la semana siguiente a cobrar y listo el pollo. Yo sabía que si me movía rápido quizás para las tres de la tarde terminaba, o para las cuatro a más tardar, y podría ir a casa al menos a escuchar tranquilamente el partido por la radio. Tranquilamente es una forma de decir, porque jamás pude escuchar el partido tranquilo por la radio, me pone loco. Cosas que tiene el fútbol, un fanatismo que si no se siente no se entiende.

Las primeras cuatro horas pasaron volando. Hasta ahí la gente había sido muy cordial y amable salvo uno o dos amargos que nunca faltan. Las señoras me hacían pasar a la cocina, me invitaban con galletitas, mate amargo, pastaflora, buñuelos caseros y hasta un *fernet* con una picadita de anchoas y ajo que me ofreció un gordo asqueroso en musculosa que vivía en un sucucho maloliente que no sé cómo aguantaba semejante *ofri* en camiseta, y que rechacé delicadamente mintiéndole que no podía comer ajo porque tenía divertículos, sufría de acidez estomacal y

no me acuerdo qué otro cuento. Por suerte el gordo me entendió y no se le dio por ofenderse.

Fue así que, pegando ya la vuelta, llegué a la verdulería de Rioja y Alsina en Barrio Echesortu, un barrio hermoso y bastante lejano para mí que vivía en Villa Diego. Era casi la una, picaba el bagre y me dolían mucho los pies.

— ¡Buen día, señor! —dije.

— ¡Buenas! —respondió sin levantar la cabeza un morocho fornido que estaba agachado en la vereda acomodando manzanas coloradas en un cajón en tan mala posición que se le veía la raya del culo.

— Soy el muchacho del censo.

— ¡Ah!... *see... metele nomá.*

— Lindo día, ¿no? —dije para que se digne a mirarme, comentando algo ajeno al cuestionario y poder así romper el hielo.

— Dale, fierita, que estoy por cerrar... *metele nomá*, te dije.

— Mi nombre es Luis, mucho gusto señor.

— Y yo Tapia...Oscar Tapia

— ¿Así como suena?

El obelisco de carne se enderezó de golpe. Medía como dos metros de ancho y dos de alto. Vestía una remera vieja, mugrienta, arratonada, con la cara sonriente y deforme del pobre Negro Olmedo que estiraba su sonrisa sobre la descomunal barriga.

— ¿Como suena qué, qué es lo que te suena, pibe?

— Nnn..., nada señor, es que usted dijo Tapia, como pared... como muro, digo.

— ¿Vos me estás cargando?

— De ninguna manera, señor, sólo hago mi trabajo.

— Entonces *hacelo* bien. Y *apuráte*, te dije, que estoy cerrando.

Enseguida me di cuenta de que se me podía complicar el mediodía dominguero.

— ¿Edad?

— Cincuenta y dos pirulos así como me ves.

Se me ocurrió hacerle un chiste, confieso que lo pensé pero menos mal que callé, creo que Dios me protegió en ese momento.

— Se lo ve muy bien, señor, muy bien.

— Y la pongo todos los días. ¿Vos la *ponés* todos los días? Me parece que no, ja ja ja.

Sonreí más por *cagazo* que por la ocurrencia del mamut.

— ¿Usted... vive aquí, señor? —pregunté, mientras veía que en el antebrazo tenía tatuado un dragón que escupía fuego.

— No, pelotudo..., vivo en Chañar Ladeado. Claro que vivo acá. ¿No ves?

— Bien, señor, ya veo, ya veo. ¿Casado?

— *Acoyarao* cuatro veces. Dos se murieron jóvenes y no *preguntés* cómo. Otra se me piró con un punto que laburaba en el puerto. Me hizo un favor me hizo, porque la mina no servía para nada. Ahora me queda ésta, la Cristina —señalando con el mentón a una morocha petiza que estaba atendiendo a una vieja adentro del local.

— ¿Hijos, tiene hijos, señor?

— Siete, creo que son siete. El mayor está en El Zapallar, el pueblo donde nací. Extraño mucho a mi pueblo: la gente en pata, el olor a bosta, todos en pedo. Pero a ese hijo de puta no lo vi nunca. Lo tuve con la Yolanda, dicen que no es mío pero yo lo anoté igual. Total... ¿para qué iba a hacerle quilombo a la Yolanda si jamás me pidió un peso?

— Bien, ¿y los otros seis viven con usted en esta casa, señor?

— No me *hagás* reír no me *hagás*. Yo no mantengo vagos. Ellos viven afuera.

— ¿Afuera, en otro país?

— En la calle, viven afuera, en la calle, ¿de qué otro país *hablás*, no *entendés* o te *hacés* el pelotudo?, acá tengo solamente a la Cristina y a la Sarita, la menor que es medio tonta. ¡Bah! ...bastante tonta me salió, gran *pavota*, *pelotudona*, tampoco sirve para nada. Me ayuda con los cajones, eso sí, es esa que está ahí jugando con las zanahorias. Siempre anda jugando con las zanahorias, no sé por qué mierda le gustan tanto jugar con las zanahorias.

— Y los otros hijos... ¿son chicos, señor, qué edades tienen?, necesito saber.

— Ya son grandes los guachos. Uno tiene quince, creo, y los mellizos de catorce. Y las pibas que deben tener más de diez. Todos en edad de laburar y ganarse el pan. ¿Terminaste, qué más *querés* saber?

No digo que el tipo estuviese enojado pero parecía tener hinchadas las bolas, o algo así. Yo quería terminar cuanto antes porque ya me fastidiaba su maltrato. Además, lo juro, tenía miedo de ofenderlo

con algún comentario o pregunta, y que la bestia me metiera un trompazo en la ñata.

— ¿Estudios, tiene estudios, señor?

— Sí, una vez estudié algo pero no me acuerdo qué.

— ¡Ajá! —dije, poniéndome serio, tratando de mantener la calma y disimular mis ganas de cagarme de risa mordiéndome hasta doler el labio inferior. De paso me mandaba la parte y hacía que anotaba en la planilla.

— ¿Tiene cable en la casa, señor?

— ¿Cable para qué? —dijo, mirándome directo al entrecejo.

— Cable, señal de cable para mirar televisión.
¿Me comprende?

— ¡Ah!, see... tengo, pero *enganchao* con el vecino. Se lo *choreo* a él. No sabe nada, el tipo es un salame. Si me *botoneás* te mato, oíste... ¡te mato!

— Nnn... No, señor, ¿cómo voy a hacer eso?, de ninguna manera se me ocurriría, ¡por favor!

— Mejor para vó.

— ¿Teléfono, tiene teléfono?

— ¿Quéee... *pensás* llamarme por teléfono, maricón?... ¿vos sos *troló* verdad?, *tenés* toda la pinta... que te parió. Ya me parecía. Eso es lo que sos. Me lo imaginé... me lo imaginé. ¡Vieja, *vení, mirá!*, un *troló* vino a visitarnos, me pide el teléfono. ¡Caradura... mariconazo!

— No señor, no soy ningún *troló*, soy hombre casado con dos hijos, es decir con Eugenita y otro en camino. ¡Soy bien machito! —le grité, y al levantar la voz me di cuenta que de puro nervioso que estaba me salió algo aflautada. Me saltó el indio de adentro, lo admito, cosa que me causó un susto repentino por las posibles represalias de este homínido que ese día me tocó censar.

— Pero la pinta la *tenés*, no me *digás*, ja ja ja.

No dije nada porque el tipo estaba bastante cerca de meterme una *ñapi* de las mejores, se notaba

a la legua que las personas afectas a su mismo sexo lo ponían de mal humor. En realidad, lejos estaba yo de querer terminar el día hospitalizado por culpa de un idiota y entonces apuré la encuesta.

— ¿Gas natural, inodoro, baño instalado, tiene sanitarios, señor?

— *¿Vó la querés ligar, verdad?*, —me dijo desafiante— *¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que tengo sanitarios, tengo un botiquín lleno de sanitarios: tengo agua oxigenada, algodón, gasa, alcohol y dos o tres curitas sueltas, ¿quién carajo no lo tiene, eh... quién?, no sabés las veces que me corté los dedos con los sunchos oxidados de los cajones, no tenés idea, pelotudo... claro que tengo sanitarios.*

— Claro... *¿quién no los tiene? Disculpe. Leí mal la pregunta. ¡Qué tonto soy!*

— Ya lo creo —dijo sonriente la bestia.

— *¿De qué trabaja, señor?*

— Vó sí que sos un pelotudo alta frecuencia y ya creo que me estás agarrando para la joda ¿Y esto qué es? —el tipo señaló hacia el interior del negocio levantando otra vez la punta del mentón.

— ¿Tiene una verdulería?

— No, idiota, vendo bombachas y ñocorpis. ¡Claro, pelotudo!, soy verdulero... ¿no ves que soy verdulero? Esto que está acá es una palta, esto es un pimiento verde —señalaba con el dedo —esto es una calabacita que si me seguís jodiendo te la meto... ¿sabés dónde te la meto?, en el culo te la meto.

— Sss..., sí, claro que entendí señor, claro. Ahora, si me disculpa, lo dejo porque hemos terminado el cuestionario, muchas gracias y tenga usted muy buen día.

Ni se me ocurrió siquiera terminar con las preguntas que faltaban y menos pegarle el calco con la imagen del Escudo Nacional en la vidriera porque sería mi último acto en esta vida y fue así que se la di en la mano. El tipo la miraba de un lado y del otro, del derecho y del revés sin entender qué era esa extraña

figura oval con un pedazo de sol y un gorrito colorado. Acomodé como pude las planillas, guardé el lápiz en el bolsillo de la camisa y amagué con retirarme.

Al darle la espalda oí la voz de ultratumba de la bestia que me hizo parar en seco.

— ¡Paráte ahí, pendejo! Hace como media hora que me estás preguntando boludeces y no me preguntaste lo más importante. Vó sí, pibe, vó sí que sos un pelotudo de los pies a la cabeza.

— Disculpe, señor... pero...

— ¡Pero nada! No me preguntaste de qué cuadro soy hincha.

— Eso no importa, señor. Esta es una encuesta que pretende...

Me interrumpió abruptamente con un grito.

— ¿¡Quééee!?... ¡yo te mato, yo te mato, *vení* para acá que te mato! ¿Cómo que no importa, a quién no le importa?, a vó seguro que no porque vó... vó... pendejo de mierda, con esa pinta de amargado que

tenés seguro que no te gusta el fútbol, o que sos hinchita de los otros, de la contra, de los putitos ¿De qué cuadro sos, a ver... a ver putito? —ahora era él quien hacía una pregunta.

— ¡De Central, soy de Rosario Central, señor, y a toda honra!— contesté sacando pecho mientras esperaba el golpe directo a la mandíbula que me hiciera perder los dientes o un gancho al hígado que terminara con mi día en el mejor de los casos, o con mi vida llevando a un extremo el resultado.

Pero no, nada de eso sucedió.

— ¿En serio que sos de Central, fierita?, *laconchitumá...* igual que yo. ¡Qué lo parió! Por qué carajo no me lo dijiste antes. *Vení*, hermano, *vení*, dame un abrazo. Canalla... ¡*mirá vó!*, canalla había sido el pibe... grande fierita. ¿Vos también tenés verdulería, *manejás* un taxi, qué mierda *hacés*, de qué *laburás*?

— Estoy desocupado —dije con vergüenza y agachando la cabeza.

— ¡Mejor fierita... mejor! Para qué mierda *querés* laburar si no te pagan un carajo no te pagan. Mejor así, sé de Central a muerte y seguí haciendo preguntas boludas por la calle para pasar el rato, digo, para entretenerte, porque algo en la vida *tenés* que hacer, eso sí, tampoco la vagancia pibe. Ojo con los pingüinos... son pocos pero, por las dudas, *tené* cuidado que andan en patota. ¡Grande fierita... grande, *canallón* viejo y peludo, como Olmedo y Fontanarrosa!

El tipo se me acercó con su olor a chivo muerto y me dio un abrazo que me hizo recordar el famoso abrazo del oso. Hasta me dio ganas de vomitar. Su rostro ya no estaba desencajado, sonreía como un chico (le faltaban los dientes de arriba) y hablaba en voz alta. Decía cosas raras:

— Guachito lindo... ¿Cuántos años *tenés*?... ¿Lo viste jugar a Menotti?... ¿Y al Gitano Juárez? ¡Qué jugadores mi viejo, qué jugadores! ¿Te *acordás* del Tablero Alumni en el codo de Regatas?... ¿Y de la *fruna*, ese caramelo que apagaba la sed y quitaba las ganas de fumar? ¿Y de la tribuna de mujeres?... ¡Cómo gritaban esas locas!... de ahí salió la Cristina,

de ahí la saqué, de esa tribuna. ¡Qué años aquellos!, Andrada, Casares y Cardozo —comenzó a recitar— Álvarez, Minni y La Rosa... qué *cuadrado*, ¿te acordás, fierita, te *acordás* o no? ¡Me estás empezando a caer bien, guachito!

Por supuesto que a todo dije que sí. Que me acordaba de todo. Pero yo no sabía de qué cuernos me estaba hablando. Andrada... ¿quién es Andrada?, ¿el Gitano Juárez? aunque, pensándolo bien, creo que mi viejo una vez me los nombró.

— Sos como yo, igualito a mí, carajo —al oír esto un sudor frío me recorrió la espalda y me estremecí con sólo imaginarlo.

— Sss... sí, en algo nos parecemos.

— ¡*Tomá, lleváte* algo! —dijo, y me regaló un tomate perita y una berenjena.

Nos despedimos efusivamente pero, cuando ya estaba a unos metros de distancia parado en el cordón de la vereda a punto de cruzar la calle, escuché que algo me gritaba.

Yo, por las dudas, giré para mirarlo:

— ¡*Peroncho* carajo!... además soy *peroncho*.
¿Vos también fierita?

Asentí con la cabeza, hice un simpático gesto, sonreí, levanté la mano haciendo la “ve” con los dedos y me retiré presuroso. Crucé sin mirar la calle, por suerte estaba desierta a esa hora, lo que me faltaba en ese momento era que me atropellara un auto.

En la vereda de enfrente, lejos del alcance de la bestia, me puse a pensar un poco más en el fútbol, en la importancia que tiene en nuestra vida cotidiana, en su influencia, en el poder que ejerce sobre la gente, en la pasión que despierta, acababa de darme cuenta de que ser hincha de Central me había salvado, al menos, varias costillas.

El costado femenino

Vale más la mujer que la flor y la poesía, que la vana elegía.

A veces me da por pensar que ciertas mujeres han relajado su costado femenino... como si alguien se lo hubiese despojado. Veo que andan por la vida cual bola sin manija con ganas de imitar al hombre en todos sus quehaceres. Y ojo que no soy (ni pretendo ser) uno de esos machistas mamarrachos medio fachos que pululan por los rincones de este mundo redentor, no señor. Lo pienso porque las observo actuar y las escucho cuando hablan, cuando ríen también y cuando lloran ni te cuento, no hago nada más complejo que eso: observarlas y sacar datos de la realidad, de sus realidades cotidianas que les toca vivir en este todavía flamante Siglo XXI tan controvertido y, a la vez, demasiado formal.

No las estudio, las observo. Y las observo en el trabajo, en el bar, en la calle, en el club, las observo solas o compartiendo momentos, departiendo, jugando al tenis, al pádel, al bingo o al buraco, siempre con un ojo ojeando el celular, atentas a cualquier mensajito intrascendente y respondiendo con otro de igual tenor

pero menos trascendente todavía, o cuando se juntan ocho o nueve a una mesa de tres en la vereda de un bar a fumar y tomar una cerveza evitando el consabido platito de maní y mucho menos el jamón, el queso y el *salamito* porque *tienen grasa y ensanchan las caderas*, es el caso de Margarita, Claudia y Candela. También la sumo a Sofía, personas de mi apego y simpatía con quienes *guasapeo* una vez al día, por no decir dos o tres.

Es muy fácil distinguir a unas de otras, basta comérselas con la mirada y parar bien las orejas. Ciertas mujeres, como Mecha, al perder parte de su costado femenino lleno de encanto y pudor perdieron también los misterios, es decir, sus lugares recónditos, esos insondables socavones donde mucho le costaba al varón ingresar y sumergirse hasta dar casi la vida de ser necesario (ejemplos sobran) para descubrir el más oculto de sus secretos.

Pero todo ha cambiado. La mujer moderna, por ejemplo Lilita, no tiene más fantasías que ocultar, nada de eso la excita, noto que esconde poco y se muestra tal cual es sin siquiera poner en evidencia un atisbo de disimulo cuando en arameo putea y manda al carajo a cualquiera sentada al volante de su nuevo cabriolé

cuando un galante caballero, tan desubicado en estos tiempos, juzgando que corren los años sesenta y esperando la luz verde, baja la ventanilla y sin un dejo de pudor en sus mejillas la fastidia con un arcaísmo intolerante para toda moderna mujer al volante: “*A tu lado seré un diablo capaz de perder el poncho*”.

“Las mujeres de hoy”, como las llama Graciela, quedaron solas y expuestas igual que los hombres, peligrosamente expuestas y tan solas que casi no hay diferencias de usos y costumbres.

Andan solteras por la vida, o muy separadas aunque estén recién casadas: Carla, Sandra y Paulita así lo acreditan, en muchos casos con sus afectos alejados buscando cada una por su lado, y a su modo, relaciones transitorias sin asumir compromisos pero, a su vez, se las ve deseosas de ocupar el corazón de un hombre. Tal el caso de Lucrecia quien, en las lidias de conquistar, demuestra poca experiencia. Este no es otro que el típico comportamiento ancestral del varón, claramente, una vieja costumbre del no compromiso, una conducta si se quiere reprochable hasta el hueso: eso de *hacerse el boludo*, reservada históricamente a los actores del sexo fuerte con su inefable y manido “toco y me voy” que tanto prueban jugar y les apetece

sexualmente sin importar un pito los sentimientos de ella.

Consiguieron las mujeres trabajo fuera de casa. “Un trabajo absorbente y mal pago”, se angustia Susana dejando en la mañana los mocos en la almohada o en los hombros de Raquel, entretanto revisa de reojo el *twitter* para no perderse detalles de la vida cotidiana. Ingresan de este modo a un mundo dominante y cautivador (según ciertos criterios) que les impide ser objetivamente femeninas y las priva, al fin, de portarse como reales mujeres y transformar sus femíneas curvilíneas de carne y hueso en meras divas de mármol.

Muchas andan moviéndose desabridas, tristes y frustradas, no es el caso de Juana pero en algo se parece, muy vivaracha no es, hasta diría que lo merece. Son las que no *admiten fracasos* y persisten con la insondable tozudez de seguir por la misma dura senda y escabrosa de querer comportarse como el varón y rivalizar con él a mano alzada, sacando pecho y diciendo: “Aquí estoy yo, no me jodan para nada”.

Su peor elección es el raro “feminismo”, una carrera a la nada, loca travesía errada y designio poco

serio según mi modesto entender y escaso agudo criterio.

Así las cosas, como si sus desgracias fuesen pocas la belleza les juega en contra, tienen que aguantar al jefe que las acosa (tal el caso de María Rosa) y, lo peor, ella cuenta: “siempre hay cerca un *boludón* que apunta su nariz al pantalón que me marca atrás el borde del calzón”. Son ellos quienes aluden y ponderan su *rico pandero* haciendo de tontos a la hora de embromar y, de paso, también se hacen el rollo, generalmente uno más ganso que el otro y a punto de una erección sobretodo los solteros y un poco más los desahuciados, imaginando situaciones lujuriosas a la hora de la siesta una tarde de verano, pretendiendo ser los *cancheros* de la oficina que buscan de ellas la nada misma o, en el mejor de los casos, pasar la noche juntos después de una rapidita cena como le pasa seguido a Azucena dado su atractivo “pan dulce” que mueve con holgura al caminar, o por las tetas de Marieta que, para delicia de la hinchada, no usa corpiño y se las deja bien sueltas.

Este relato podría ser el más paradigmático, fiel como cruel resumen del feminismo progresista que vienen practicando desde hace cincuenta años o más,

no todas, saco a Benedicta del caso, ya que mantiene su postura consagrada a la costura.

Por un lado les vendieron y ellas compraron que irían directo por el camino correcto para lograr ser genuinas, probadas, fidedignas, que no pasaría mucho para verse finalmente realizadas. “¿Realizadas... qué quiere decir realizadas?”, exige saber María Juana en ronda de copas y amigas sentadas a la mesa del bar de la esquina repleto de parroquianos. La esbelta flaca del quiosco pregunta a regañadientes, típico en ella y en sus ojos que no mienten, camuflando sonrisas tal como hace en la vida y en la intimidad. “Esto un bajón”, dice, cual sincera confesión... aunque tardía.

Les prometieron el oro y el moro y por su falta de decoro los oportunistas comenzaron a hacerles el *chamuyo*, tradicional parloteo. Les hablaron, entonces, de la importancia de la igualdad con el hombre. ¿Igualdad con el hombre, para qué ser iguales?, me pregunto, si no hay nada más lindo que compartir el infinito cosmos de las diferencias. Y, al final, las enviaron sin armas, desprovistas e indefensas al vandálico universo cabrón del despiadado varón, indiferente, vigoroso y hostil, ocupando lugares de poder nada más que por mandón y mal nacido.

¿Era necesaria tanta crueldad?

Ellas creyeron que llegaría la hora de ocupar lugares de mando y conducción: directoras, gerentes, jefas de administración, Teresa es el ejemplo que me viene a la cabeza.

No faltó el impostor que les dijera muy suelto de cuerpo que gobernarían el mundo y los malditos no hicieron otra cosa que despojarlas, estafarlas, quitarles los sueños y su esencia para acabar mancillándolas, denigrar su feminidad, deshonar su honda entrega, ultrajar sus variadas condiciones, sus aptitudes para el apego, su comprensión y, sobretodo, su actitud frente al amor.

Y, poquito a poco, ciertas mujeres se fueron convirtiendo en viriles, hombrunas y machotas, tal el caso de Carlota que nunca para de gritar, de cerrar el puño frente al primero que se le planta y mostrar los dientes hasta la garganta. A seres fríos se parecen y, en un punto, intolerantes. ¿Y... qué pasó finalmente con las feministas?, pasó que año a año fueron privándonos de esa variedad que engorda, es decir, de la diversidad que enriquece.

Casi todas se han quedado en la categoría de soldaditos rasos. No llegan a coronel pues los

coroneles son varones. Habrá excepciones. La mujer, por querer ser bravo guerrero, en cambio dejó de ser ama y señora, de todos los afectos patrona y, para peor, muchas compraron la idea de estar orgullosas de ello.

Y ahora se ven a sí mismas como víctimas, no todas... algunas, hay que admitirlo.

“Un largo camino has recorrido muchacha”, decía irónicamente aquella publicidad loca-antigua-degradante que ofrecía el producto infamante que *atabacó* sus labios, cargó de truenos su voz, manchó sus dedos de ocre, dientes sombreados de amarillo y arremangada piel en el escote. Muchas creen, como Marisa, que al avanzar tan de prisa mejor se trasciende en la vida asumiendo el rol de masculina. Las mujeres de hoy se sienten más capaces de lo que fueron sus madres. Se lo pregunté a Mariela, que no cesa en su afán de criticar a su abuela, la dama que la crió.

¿De qué sirvió?, pregunto con expectación y una mano en el corazón esperando la respuesta convincente. De un hachazo letal el feminismo taló el fructuoso árbol de la familia derribándolo sin piedad. ¡Qué pacato, hablar de familia en esta época!, dirá

seguramente algún lector desairado y, tal vez, tenga razones. No lo sé, no indago, no poseo ciertos dones. Pero la verdad hay que decirla como es, se me ocurre, mal que le pese a Lourdes y sin intención de ofender: sin la mamá en casa se desgarran los nidos, falta la figura de la paz, de la armonía y comprensión, falla el eje en torno al cual gira la realidad cotidiana.

Entonces el rey dinero, poderoso y varonil, inventó un nuevo negocio: las guarderías. Un nombre horrible para designar el lugar donde se confían niños como si de mercadería estibada en galpón se tratase. Allí llevan a sus hijos las madres para que otras madres los guarden y que estas madres a su vez salgan corriendo a buscar nuevas madres para que guarden a sus propios hijos. Es una cosa de locos, diría el menos avisado, un círculo mañoso inventado por el feminismo y aprovechado por el capital en manos de los hombres.

No está del todo mal, si se quiere, a la hora de repasar este mundo moderno y vicioso. Ocurre todos los días por más que se enoje Lía, que conserva todavía su maternidad a la vieja usanza, llenando el corazón de esperanza que todo puede cambiar.

Sin darnos casi cuenta se ha formado un régimen social inverso a la familia. Hoy el abuelo ya no es el patriarca, es un pobre viejo al que, en el mejor de los casos, hay que dejarlo sentado en un rincón de la casa fingiendo que escucha la radio pues los hijos se olvidaron de cambiarle la pila al audífono. Entretanto la abuela, pobre abuela, que casi no camina sin la ayuda del bastón hace como puede la función que su propia hija le asigna en casa. Por su parte el esposo *laburante*, siempre de mal talante, trata de estar poco en el hogar poniendo el lomo para pagar el puchero y no soportar el barullo de su gente, deprimente. Y la esposa-madre moderna, bautizada feminista, hace lo suyo con todos los defectos y virtudes del varón.

No hay que olvidar que una sociedad sin cimientos es una sociedad que nace muerta, ya lo dijo Doña Berta en recordado sermón un domingo en la capilla: “La vida sin semilla es fantasma que ronda sin recambio, sin nada bueno por hacer”.

Creo que a ciertas mujeres las cegaron los fuegos artificiales y que nadie me la cuente. Les interesa más la arroba, el Facebook, el Instagram y jugar con el pajarito del Twitter que preparar la mamadera del nene, priorizan chequear los mensajes

en el celular que cambiarle los pañales justo a tiempo antes que el pibe se paspe. Ejemplos sobran. Algunas no hacen otra cosa que volver de la oficina, darle un beso en la frente a cada hijo para expiar sus culpas y pagarle el día a la niñera. Luego se ponen ropa deportiva y van corriendo al gimnasio, a Pilates, a yoga, salen a caminar por la costanera o a tomar un café con las amigas y, a la hora de cenar, ¡qué va!, calientan en la plancha seis hamburguesas con fecha vencida que sacan del *freezer* para alimentar a toda la familia... y a no quejarse. Luego dejan todo como está para que otra madre igual a ellas pero venida del norte, a la que le pagan dos monedas por quincena, lave y acomode al día siguiente cada cosa en su lugar prolijamente en la alacena.

Inmediatamente después de cenar, cuando todos duermen en casa, llega el momento esperado, encienden el Skype y se quedan charlando hasta la madrugada con una amiga o vecina, lo sé por Tita y Sabrina, y lo hacen con la firme convicción de que modernas son, culminando de este modo su pesado batallar del día.

Luego, agotadas, terminada la jornada y al borde del colapso se toman un sedante aconsejado

por su flamante amante que de medicina sabe poco y se acuestan a eso de las tres para despertarse a las seis con el timbre y a ducharse. Flor de estrés y no lo sienten, preparadas están hace rato. Se peinan y maquillan, rezan para que llegue a tiempo la niñera, besan en la frente a los hijos que aún duermen, elijen su mejor ropita y se visten modositas para subirse al colectivo que las lleva a trabajar a cambio de cuatro pesos al mes y estoicas, valientes cual guerreras, soportan el manoseo de apretujados degenerados que palpan a sabiendas sus mejores partes pudendas como si de un ritual se tratase.

Y así todos los días, la selva hostil las espera a la salida del sol.

La familia pierde espacio entonces, eso es sabido, por eso estoy convencido de que tampoco es solución evocar el tiempo pasado. Añorar los años idos no va a devolver el calor al nido y a la mujer su rol asignado, irremplazable, fundamental, que responda a un orden natural.

Yo creo que el avance de la tecnología debería jugarnos a favor. La recuperación de la mujer, la búsqueda y rescate de su costado femenino tan querido comenzaría con intentarlo de una vez.

Basta de eslóganes y frases hechas: “¡Ni Dios, ni patrón, ni marido!”. Basta de esos grupos de mujeres que hacen oír su voz para que nadie las escuche, ¿qué es sino una práctica irrelevante?

Los niños quieren oírla en casa cantar un arrorró, palabras de mamá recitándoles poesías que hablen de la luna, que imite la voz del ruiseñor y la risa de la sirenita, que lea cuentos en voz baja y los asombre al final, embeleso total de una reina en su trono, que sea ella dueña del todo luciendo oronda su corona, diosa amorosa sacudiendo la imaginación de los hijos que la escuchan, sienten y perciben, y que los haga elevar alto hacia al mundo sutil de las utopías.

Serán palabras de fantasía que llegado el día sabrán decir alegres los versos de una linda canción:

*La gallina turuleca
ha puesto un huevo,
ha puesto dos,
ha puesto tres...*

¿Para qué andar transitando los senderos de la vida gritando extravagancias en orejas sin oídos?

Tendrá la mujer entonces que cambiar el rumbo y hacerlo pronto. ¿Deberá ella recapacitar y fijar un nuevo recorrido?, y no te enojés Francisca, tampoco vos Ana Cleta... ¿acaso han llegado a la meta?, díganme, díganse, díganos por favor, pues reconocido es que si desconocen hacia adónde van no habrá camino que pueda llevarlas.

El feminismo (manejado por hombres de negocios) ha creado un gran enemigo de la mujer: ella misma. Le hizo conceptuar el comportamiento varonil, luz de bengala que enceguece tan rústicamente que ha sido despreciado el varón sólo para llamar la atención, mas esto no le importa, él se mueve en otra dimensión, es un cavernícola en la era moderna. Ella desconoce que el machismo fue canonizado por intereses avezados que nacieron, se agitan y desarrollan escudándose detrás de una mentira, te lo digo a vos, Elsa, te lo digo a vos Cristina.

Mujer: un hombre nunca dejará de ser macho, por ende será siempre machista en el mejor y buen sentido de la palabra. Otra cosa será patología. Él no eligió, fue el sino inevitable que lo eligió a él. Porque ser macho, a mi modo de ver, y no te burles Esther, es amar y respetar tus diferencias, cuanto más machista

sea el varón más caerá de rodillas embrujado por tus ojos, seducido por tus manos y tu voz y, atrapado al fin su corazón por tus encantos, soñará apoyado en tu regazo esperando de paso que llegue el amanecer.

No hay nada mejor, Leonor, que tener un hogar constante en cuanto la tolerancia sea posible prolongar. Y cuando no suceda la paz, entonces las cartas estarán echadas. Los milagros no existen, sólo causas y consecuencias. Y, si podemos, tornaremos a diferenciar los roles que a cada uno nos toca representar. Entonces, los padres volverán a ser padres sin manuales, con vicios y prohibiciones; los hijos serán quienes deban representar su papel asignado y no el afligido rol de amigo; y las madres, ¡Ah... las madres!, por fin recobrarán aquello que es del todo trascendente, que de verdad incumbe: recuperar la razón del corazón y el recordado valor por poco olvidado a causa de los nefastos eslóganes, asumir el desafío de rescatar el costoso precio que tiene toda mujer aunque no se lo piense o se lo niegue, el rol trascendental en la vida de ella, de su hombre y de sus niños... de la entera sociedad.

El feminismo ha creado un monstruo que se agita y mueve presuntuoso... y ronda cercano. Que

tanto ha afectado a varones y mujeres, y a señoras como Hebe que amargada se la ve tan lejos de la luz sumida en el hondo oscuro pozo siempre con sus pies barrocos escrutando en los rincones del averno, la perdición del infierno que no supo evitar y ahora debe tolerar su impotencia por no haber visto crecer con creces a sus hijos.

Se las ve, se las siente. Son muchas, no sé si mayoría, no me atrevo a sostener esta teoría.

El feminismo ha erigido un ícono: venderle a la mujer el falso orgullo que le cierra la tapa y pone candado de latón al arcón de su existencia, al molde de su feminidad, a su única y especial esencia, a la más relevante de todas las probidades... ser mujer.

En este revoltijo popularizado, hay que decir, no sólo ella es perdedora: mujer, ama y señora, todos lo somos.

Y volverás a ser la que fuiste: reina de reyes, faro en la oscuridad, hacedora del destino de los hombres. De amor y verdades tu corazón quedará colmado, no de mentiras ni farsantes, serás guía del errante que no halle su camino, preservarás tu costado femenino y recrearás tus atributos, serás la nueva

dueña de los afectos reales, sinceros, insondables y eternos.

Y tomarás nuevamente a cantar, a bailar, a terminar con la maldita cantinela (y no te enojés Carmela, a vos también te toca), y otra vez a soñar para tomar a decir con todo el grito en la boca... alejada de toda porfía:

Vale más la mujer que la flor y la poesía... que la vana elegía.

Difícil de explicar

Por más que lo piense, que le busque la vuelta o trate de hallar una respuesta a uno le pasan cosas en la vida que no tienen explicación y, aunque que se esmere en querer hacerlo, no habrá *cristo* dispuesto a escuchar y menos a entender. Además lo tomarían por loco, le sería imposible ensayar una defensa, una excusa. No le miento y, si no me cree, siéntese nomás y lea lo que tengo para decir, luego juzgue:

Suponga que uno está solito con su alma tomándose una copa de whisky a las tres de la mañana cómodamente sentado en el sillón del living de su casa con la estufa prendida porque afuera hace un tornillo que ni le cuento, un *ofri* de locos. Suponga que es agosto y todos duermen. Duerme su mujer, duermen sus hijas, duerme el canario flauta y el Bobby duerme también. El Bobby tiene la maldita y estúpida costumbre de echarse a dormir en la alfombra nueva que a uno le costó un ojo de la cara llenándola de pelos, babeándola, y dejando ese insoportable olor a perro. Como afuera lo que sobra es el silencio, suponga también que ese día es uno cualquiera de la

semana menos sábado que la gente sale, se acuesta tarde y hay alboroto en la calle. Piense que esto sucede en una casa donde todo está tranquilo como debe estar a esa hora que no vuela ni una mosca. Digamos que el barrio entero está en calma... menos uno y su conciencia, porque, convengamos, nadie con su conciencia libre de polvo y ceniza se la pasa solo y despierto a las tres de la mañana en agosto, insomne, con los ojos colorados como cresta de gallo, tomándose una copa y mirando al Bobby roncar como un mamut sobre la alfombra nueva porque otra cosa mejor para mirar no tiene. Es que uno no puede conciliar el sueño cuando la conciencia está en alerta por tantas cosas que le pasan en la vida, problemas simples o complejos que lo tienen a mal traer. O porque una de las nenas tiene anginas y levantó fiebre, o porque el domingo perdió su equipo favorito con un gol sobre la hora, o por culpa del estrés que está de moda, la acumulación de cansancio, una deuda contraída, un juicio en marcha u otra yerba que le ande dando vueltas por la cabeza. Saque usted un crédito hipotecario, sin ir más lejos, y después me cuenta si puede dormir como un angelito.

Bueno, el asunto es que uno está por dar el último sorbo un minuto antes de apagar la luz y levantarse con cuidado de no pisar la cola del Bobby, ir a la cocina a lavar la copa y acomodarla en su lugar, guardar la botella y marchar derecho a la cama donde su mujer hace cuatro horas que duerme como un tronco cuando, de repente, como quien no quiere la cosa, escucha un ruido sordo y extraño que viene de la parte de atrás de la casa donde están el patio, el jardín y la cucha del Bobby sin usar. El ruido no es precisamente extraño, vale decirlo, sino impropio, algo parecido al suave runrún de un motor eléctrico. Uno sabe que no está borracho, que apenas si bebió una copa. Entonces se estremece, le corre un frío por la espalda y, como uno es más curioso que prudente, descorre despacito la cortina de la ventana de la cocina para mirar. Y qué ve, ve un objeto volador no identificado, es decir, ve un plato volador aterrizando en medio del jardín junto a la higuera, haciendo un ronroneo que es el ruido que acaba de escuchar. Por un momento duda y da por cierto que el whisky estaba en mal estado o que, sin darse cuenta, bebió en exceso, pero enseguida repara que fue sólo una medida, además rebajada con hielo y soda. Y se

queda atónito, pasmado, los ojos como dos huevos fritos. Y lo más espeluznante ocurre cuando ve bajar del plato volador por una rampa transparente de color lilita, lo más campante, a un enano verde rascándose el ocote. Sería un *Contacto Cercano del Tercer Tipo* si no fuese porque el enano ni se percata de que está siendo observado.

Piense que, además de verde, el enano es escamoso, fiero, repelente y asqueroso, que anda el muy roñoso rascándose también la entrepierna para después olerse las puntas los dedos y poner su mejor cara de asco (por esa acción seguro que es un macho). Camina hasta la higuera que uno cuida con esmero para que no se embiche y caiga muerta, y que la cuida con esmero porque si hay algo en la vida que a uno le gusta paladear son sus dulces higos. La cuestión es que el enano escamoso y asqueroso desprende con su mano de tres dedos un higo como si nada, elige el más maduro, no es boludo, el más lindo, el más grande, el más jugoso, ese higo que uno estaba reservando para comérselo al día siguiente a los postres acompañado con un trago y el maldito se lo engulle de un bocado, es decir, sin apreciar el sabor se lo zampa entero. Un despropósito, una ruina, es

como echarle soda al Malbec, porque una cosa es bautizar una bebida como el whisky que te raspa las tripas de proa a popa y otra al suave Malbec que en cambio te las trata con cariño... con el Malbec no se jode.

Después de embucharse el higo, como quien no quiere la cosa, el enano escamoso y asqueroso eructa haciendo tremebundo ruido que hasta el Bobby se despierta y camina. Uno sigue mirando atónito detrás de la cortina acariciándole la cabezota y rogando al mismo tiempo que al pelotudo del Bobby no se le ocurra ladrar o hacer su habitual ruido a perro y entonces ve que, acto continuo, el enano sube la rampa con su dedo más largo de la mano derecha hurgándose esta vez la nariz y silbando bajito un bolero que parecía de Chico Novarro. Luego se cierra la escotilla y el plato volador acelera a una velocidad descomunal dejando una estela fosforescente hasta perderse de vista por encima de la higuera en la inmensidad de la noche.

Dígame usted, con la mano en el corazón, si después de esto saldría corriendo a contárselo a su mujer que todavía duerme como un bebé. O a sus hijas. Seguro que no, se quedaría bien calladito. Y no

me diga que por más confianza que les tenga se lo diría a sus vecinos a la mañana siguiente, o a sus compañeros de trabajo. No señor. Ni loco. No compartiría con nadie sobre lo ocurrido en su jardín con el enano y el higo. Se lo guardaría bien guardado. Y ni hablar de referírsele a la barra de los jueves en el café aunque sea a la pasada, ahí sí que la burla superaría la media nacional. Candonga gratis para todo el mundo. Conga, merengue y chachachá. Basta imaginar al Tito y al Pelado escuchando semejante historieta. Uno se convertiría en el gran boludo del año, el ganador del primer premio al papanatas, no me diga que no.

Lo que pasó... pasó, es cierto, pero ni en pedo a uno se le ocurriría salir a contarlo.

El discreto encanto de vender libros usados

Un compañero de trabajo me dijo aquella vez: “Ahora salgamos a vender huevos de campo, Rubén, otra no queda, nos paramos en las esquinas, la gente los compra como el pan y dejan buena guita”. Pero yo, amargado como estaba, desahuciado, y porque de huevos no entiendo nada, no le hice caso. Eran tiempos de leer avisos que llamaban con bombos y platillos a salir a las calles a ofrecer seguros de vida puerta a puerta, fuegos artificiales para las fiestas, peines, peinetas y mascotas falderas a los necesitados de cariño. Acudí a todos los llamados. Nada me convenció, nadie me contrató. Y yo sé muy bien por qué nada me había convencido: no sirvo para vender, me falta parla, no encuentro las palabras justas que ayuden a persuadir a quien tiene la paciencia de escucharme un rato, por eso me costó tanto seducir a Anita... y me seguirá costando. Lo mío fue siempre agachar el lomo delante del torno, del jefe, de su secretaria más papista que el Papa y de la fresadora, esperando las cinco para volver a casa a descansar la vista y las manos.

Y así, transitando días aciagos con el diario bajo el brazo, rotos mis botines de mucho patear las calles con el pucho en la oreja, hilando del futuro una quimera, sin pegar un ojo por las noches estaban las cosas dos semanas después de haber sido despedido por el cierre definitivo y fatal de la fábrica donde venía trabajando como oficial matricero desde hacía quince años. Desesperados quedamos con Anita, un crío de cuatro en el Jardín y un bebé que estaba al llegar tirados en Pampa y la vía, sin un mango, haciendo yo tres veces por semana la misma cola interminable para cobrar la miserable compensación con un cheque que me daban datado a sesenta días entretanto, como buen capitán de aire, mar o tierra, por cierto abatido, buscaba hallar pronto algo para hacer. Cualquiera cosa, una changa, trabajar con las manos en lo posible, que son mi fuerte, no sé, un encargo de soldadura de metal, de piezas de tornería, un puesto improvisado como doblador de metales o fundidor en algún horno instalado en las afueras de la ciudad, reparar verjas o, en su caso, como ayudante de albañil o derecho a pintar paredes, que bastante prolijo soy. Empleos que nadie ofrecía en aquellos años de locura y recesión cuando ya se nos caía encima con todo su peso la

informática y la robótica que, cual inocentes criaturitas del Señor, creíamos ciencia ficción.

Todo iba de mal en peor, era un panorama negro el que se abría ante mis ojos descreídos, renuentes a ver la realidad, como tantos otros de mi clase y entonces, resignado a la buena de Dios, un día cualquiera me llamó José, amigo, periodista y escritor de entrecasa, para encontrarnos en el “El Ateneo” a tomar un café. Allí me dijo muy suelto de cuerpo, como quien no quiere la cosa, sabiendo de mi amor por los libros y la lectura: “Rubén... ¿por qué no te *largás* a vender libros usados, a vos que te gusta tanto leer?”.

Al principio me reí, pobre José, pensando en eso de: “A vos que te gusta tanto leer”. Me preguntaba qué tendría que ver el hecho de que a mí me gustara leer con vender libros usados. Es como si a quien le gusta conducir se le cruzara por la cabeza vender autos, abrir una agencia de usados o poner un taller mecánico. No señor, la venta no era una ocupación apropiada para una persona que nunca, insisto, nunca supo vender nada. Si cuando tuve que desprenderme de mi Fitito celeste del setenta y cuatro para saldar el crédito de la casa, otra no quedaba, necesitados de dinero en tiempos de recién casados, los primeros que

vinieron a verlo, unos gitanos de Ovidio Lagos al fondo, no se apiadaron de mí y se lo llevaron en ablande por cuatro pesos roñosos y un exagerado “muchas gracias” que resuena en mis oídos todavía.

Pero la cosa no terminó en “El Ateneo” sino que allí empezó todo, y seguimos de pura charla tomando otro café, y otro, y José, mi gran amigo, con su paciente labia categórica, parlándome de un modo minucioso como parlan los amigos que a uno lo quieren de verdad, tratando de convencer me fue haciendo entender que lo mío estaba circunscripto a los libros y nada más que a los libros. De alguna manera a los libros. De todos modos a los libros.

“Tendrías un público cautivo”, remató.

Y yo que hasta allí creía que los libros tenían como única razón de ser a dos protagonistas: el escritor y el lector, que nadie más que ellos los mantenían firmes, vivos frente a pasquines y revistas *chimenteras* consumidos en masa por gente que gasta chorros de tinta y dinero en busca de lecturas nada ambiciosas, insípidas, lecturas sin remedio, imperiosas en algunos casos, fatales en otros, con todo lo bueno y extenso que hay impreso para echarle el ojo, cuán errado estaba.

José, paciencizado como es, hizo que viera la realidad, me di cuenta entonces de que los libros tenían un tercer animador más que importante para su supervivencia, alguien que los ayudaba a resistir la caída, a renacer, a deshojar la margarita y pegar el salto en procura de nuevos lectores, especialmente los niños, alguien tan importante como el propio escritor y su anónimo lector, uno más en la cadena, otro eslabón: el vendedor. Y no rescato en esta serie al editor estándar de estos tiempos, más bien lo excluyo, si es apenas un comerciante a quien no le importa un pito lo que imprime, sólo le interesa el dinero, nada más que el dinero, convertido en un mero *imprentero* en la Viña del Señor... mas no le cargo el San Benito.

Y entendí que estaba interesante aquella charla con mi amigo, y no solamente interesaba sino que sentí otra vez el entusiasmo aquél de emprender un proyecto que hacía mucho no habitaba en mi sesera. Definitivamente, José, con su idea medio loca y medio rara, entre café y café me convenció de que debía intentar vivir de lo que amo... los libros. Por eso, después de analizar pros y contras, sabedor de mi invalidez para escribir un libro ni en siete vidas decidí, entonces, venderlos. Otra cosa no me restaba por

hacer en el sacrosanto mundo de la literatura. Me dije que sí podría, que el riesgo no era mucho y perdería de una vez y para siempre el viejo temor a ofrecer algo en venta.

Y puse nomás un *localcito* de venta de libros usados que bauticé: “La Repisa”.

Fue después de cobrar la totalidad de la indemnización por el despido gracias a los *buenos oficios* de los abogados del sindicato que se quedaron, como de costumbre, con la mitad de lo cobrado. Y, sin más demoras de las que me llevó encontrarlo, alquilé un lugarcito recién pintadito, con un entepiso chiquito y bañito, todo reducidito allí adentro, en la vieja galería “Dominicis” de Catamarca y Corrientes, algo oscuro y tristón si uno se pone a mirarlo con cierta melancolía.

Alegre me puse pues al poco tiempo de instalado descubrí el discreto encanto de vender libros usados.

No hay ni habrá labor más linda y encumbrada, superadora. Al principio me costó como cuesta todo emprendimiento. Nadie entraba al local siquiera a curiosear y, *si al mal tiempo buena cara*, entretanto yo la pava calentaba y mate tomaba con yerba secada al sol, elegía un libro al azar, supongamos de Víctor

Hugo, Joyce o Rabelais, Borges tal vez, y me ponía a leer sin resignarme a matar el tiempo y esperar que pasen las horas sino apetecido por elevarme y, entusiasta por seguir creciendo día a día, con gusto imprimía conceptos con tinta indeleble en mi sesera.

Anécdotas hay muchas. Miles que contar. Me acuerdo de aquella vez que entraron al local unos alumnos de escuela primaria, muy prolijos y educados, que venían con la velada intención de comprar libros de relatos eróticos para llevar a su viaje de séptimo grado. Cuán notorios habrán sido sus nervios, su ignorancia que, uno de ellos, el más atrevido quizás, colorado y pecoso, regordete, con voz quebrada y mirando al piso se acercó tímidamente al mostrador donde yo estaba mateando y pidió el *Camasunta*. Le dije que no, que ese libro no lo tenía, que además no era *Camasunta* sino Kama Sutra y que volviese pronto a casa a lavarse las orejas. Yo supuse que faltaban pocas semanas para su viaje de egresados porque era noviembre y seguramente sus compañeros, ¿quiénes, si no?, les habrían encargado la tarea de conseguir el material necesario para leer y salpimentar su estadía en las sierras de Córdoba, probablemente en el Valle de Calamuchita, después de la cena y del fogón, lejos

de la vista y oídos de cargosos padres y maestros, a escondidas. Fue muy gracioso verlos a su llegada recorrer las mesas cargadas de tanto material. En realidad buscaban revistas con tapas de mujeres desnudas (esto deduzco ahora), *relojeaban* saltando de un anaquel a otro tratando en vano de disimular pero, debido a que me anticipé y les dije que revistas no vendía, salieron con este asunto del *Camasunta*. Pobres pibes, tener que mirar el gesto hosco del bigotudo parado detrás del mostrador mandándolos a lavar las orejas no habrá sido, seguramente, su mejor momento, y se sintieron tentados a comprar nada. Se fueron con las manos vacías.

Usted no me va a creer pero cada librero tiene su locura particular, cada uno tiene su profunda razón que hipnóticamente lo lleva a vender libros que ya estuvieron en otras manos, leídos por tantos como se pueda uno imaginar. Libros que acompañaron en la cama al enfermo, que posaron junto al muerto, que fueron la compañía de esa madre que acababa de dar a luz. Libros sobre el escritorio del profesor, en el pupitre del alumno, en la guantera del viajante, en el corazón del inmigrante. Libros que sirvieron de consuelo, que hicieron llorar al más severo y ablandar

al riguroso. Libros que enriquecieron ciertas vidas y complicaron a otras. Impregnadas sus páginas por lágrimas de amor, de soledad, de tristeza, de emoción incontenible. Libros que conservaron seca la rosa. Otros que recibieron la caricia de una mano de mujer, o el áspero tanteo de los callosos dedos de un obrero. Y esa locura de la que le hablo, que tenemos los librereros, no es otra que nuestro incondicional apego visceral a los libros. Apego que nace desde niño en las entrañas del hogar y en la escuela. Un amor que se siente arder en la panza como si uno se hubiese tragado de un bocado una gran bola de fuego.

Recuerdo que las dos primeras semanas de habilitado el local me dediqué a decorarlo. Con pasión y esmero pinté las paredes de lila (sugerencia de Anita), el techo de blanco y lo adorné hasta convertir a mi librería en un rinconcito cálido y acogedor. Poco a poco fui sintiendo el perfume, por llamarlo así, de los libros viejos, ese tufillo acre de sus páginas porosas, por momentos dulzón, difícil de determinar y comparar con otros, una mezcla de letras vivas de un tiempo pasado cargado de emoción.

Entonces, a medida que avanzaban las semanas, vi cómo en los estantes de “La Repisa” iba

acumulando, día a día: sabiduría. Aventuras y pasión. Prosa y poesía. Literatura químicamente pura. El lenguaje, la retórica, la gramática. Teatro y ensayo. Idiomas: el inglés, el francés y el italiano del Dante. El erudito español de Cervantes, de Góngora y de Quevedo. Todo estaba allí, reservado en cada hoja numerada. Y entonces recordé a Borges que de su Aleph podía ver el universo y yo también podía ver el mío recortado en “La Repisa”.

 Mi pequeño universo de tinta y papel.

 Con el paso de los días, controlada la recesión, comenzaron a entrar más y más los clientes. Hombres, mujeres y niños. Voraces lectores dispuestos a despuntar el vicio, pidiendo por ese gran amor, ese fetiche, ese libro que los hiciera mejores personas, que les cambiara la vida, que les ayudara a sanar y crecer. Algunos eran locos lindos buscando incansablemente la mejor obra, la suprema labor que les enseñara a pensar y que, en un punto, les protegiesen igual que a Teresa en “La insostenible levedad del ser”, vagando errante por las calles de Praga con el único y enorme placer de llevar a todas partes un ejemplar de “Ana Karenina” en su bolso de mano.

Creo fervientemente que la relación entre un lector y su libro es insondable, profunda (debiera serlo) y excede el mero hecho de abrir su portada y ponerse a leer. Quizá por eso pueda entenderse que ya ciego, ¡vaya paradoja!, Borges siguiera llenando los estantes de su biblioteca. Tal vez haya sentido lo que yo y tantos otros: una atracción amistosa del libro, un fuerte magnetismo imposible de rechazar.

El libro es como una deidad, un amuleto, un objeto de adoración. Digo esto convencido, pues al vender los primeros usados en “La Repisa”, además de placer, sentí que su procedencia era tan variada, que cada uno de ellos tenía instalado en sus páginas grabado a fuego un hálito personal que los hacía atractivos y misteriosos: el espíritu de sus antiguos dueños y las caricias de sus manos sobre las hojas.

Cada uno, muchos de cuyos títulos no me es posible olvidar, los había conseguido de diferentes proveedores. Algunos los fui a buscar como rezagos, libros descatalogados que ya nadie pedía, otros en las enormes y viejas bibliotecas populares que cerraban con el paso del tiempo y falta de lectores. Otros *pasados de moda* que ya no se vendían en librerías tradicionales. Otros provenían de mayoristas y el resto

adquirido a particulares. Cuando escuchaba que en tal o cual hogar se vendían libros salía corriendo, siempre que mi bolsillo lo permitiese, a comprarlos.

No puedo entender por qué ciertas familias venden sus libros personales acumulados durante décadas, generación tras generación, muchos tan antiguos y hasta incunables algunos que hoy día costarían fortunitas. Particularmente creo que cuando sus dueños mueren sus parientes migran a nuevos lares y lo primero que venden son los libros del difunto.

Pero la forma más común de obtener los usados, la más extendida, acorde a los tiempos que se vivían por entonces era, si dudas, aquellos que la gente traía al local para canjear por otros. Dos por uno era el trato. Tres en algunos casos.

A veces me quedaba dándole tiempo al tiempo recostado en la mesada que hacía las veces de mostrador donde cabía el termo, el mate, mi agenda y la registradora. Cierta día, a eso de las ocho (recuerdo que era invierno y por poco no se podía soportar el frío y la humedad) ya estaba por cerrar el local cuando tres muchachotes entraron con un bolsa llena de libros viejos de elegante encuadernación y algunos con cubiertas enteladas que me ofrecieron para comprar.

Muy bien conservados. Eran excepcionales ediciones de obras maestras tanto de Chéjov como de Dumas, de Dostoievsky y de Shakespeare, de Apollinaire y Balzac, y un antiquísimo hermoso Martín Fierro con tapa de cuero marrón y letras cuyo brillante dorado había resistido impávido el paso del tiempo. En su primera página alguien había estampado una curiosa firma ilegible y una fecha: 17 de agosto de 1880.

No me gusta prejuizar pero malicié que eran libros robados, no cabía otra posibilidad, de dónde sacarían tres muchachotes semejantes ejemplares. Por supuesto que no quise comprarlos bajo ese estado de sospecha y, aunque sabía que el negocio hubiese sido redondo, probablemente el mejor de todos los que hasta ese día había realizado dado que me pidieron por la bolsa completa nada más que dieciséis pesos, lo rechacé de plano. No era entonces, ni soy ahora, un comerciante deshonesto, no lo puedo ser, tampoco quiero serlo jamás. Nunca compré libros de dudosa procedencia. Además, para agravar la situación que ya de por sí era tensa por momentos, generada entre ellos y yo, ninguno de los tres pudo mascullar una respuesta más o menos convincente a mi pregunta: “¿Dónde obtuvieron estos libros?”.

Pero la pregunta que más ruido hacía en mi cabeza era qué hacía el más alto de los tres que iba y venía de un anaquel a otro. De tanto en tanto se acercaba y oía nuestra charla con esa expresión extraña de quien hace que escucha y no acierta con lo que escucha, ensimismado, absorto, sumido en lo que parecía ser su único desvelo que, hasta ahí, yo desconocía.

Por un instante pensé que venían a asaltarme. Que lo de la oferta era una excusa y los dieciséis pesos también, la verdad sea dicha, me costaba creer que existiera una banda de ladrones de libros. Sería toda una curiosidad, una rareza si me pone usted en situación de calificar un acto delictivo.

Estaba realmente asustado, para mí el susto es la condición que empuja a jugarse el todo por el todo en caso de ser necesario, como si una eventual mala acción de mi parte en ese momento significase una cuestión de vida o muerte.

La prueba a la que estaba siendo sometido en el local en penumbras (no sé por qué razón esa tarde había apagado tempranamente las luces interiores dejando encendidas sólo las de vidriera), era harto peligrosa y de incierto final. Estaba indefenso. Me

importaba tanto el desgaste de los años de trabajo como la suma más o menos generosa de dinero que había en la caja pero, en especial, temía aquello que a mis ojos significaba mucho más que un plan frustrado, que un sacrificio estéril, temía perder para siempre “La Repisa”. ¿Estaría mi esperanza desvanecida al terminar la jornada y mi ilusión hecha añicos? Jamás sabría resistir una agresión de tres muchachotes actuando juntos a la vez contra un hombre como yo, ya entrado en años. En tal caso, no sentiría el valor bastante que se necesita para perseverar en una lucha cuerpo a cuerpo.

Preso de la emoción que despertaba en el ánimo la vecindad del peligro, me debatía entre la angustia y la espera... y comencé a sudar. Aguardaba ansioso el turno pulsando a mil el corazón, esperando el preciso instante en que uno de ellos sacara el arma. No sé, un revólver, un cuchillo. ¿Debía tocarme a mí ese día, sino inevitable, a última hora de una tarde de invierno?

Una idea, además, me perseguía, hundida en mi cerebro como tachuela a la madera y que aumentaba aún más mi penar, era un triste presentimiento que me aquejaba con la implacable tenacidad de una obsesión: ¿Qué sería de mi familia,

cuánto sufrirían al enterarse de que he sido muerto en un asalto? ¡Bah!... en un punto era estúpido, insensato dar oídos a semejantes absurdos del pensamiento humano, engendros de mi propia ignorancia. Vanas, necias aberraciones de la imaginación asustadiza de cierta gente vulgar.

Y cuánta razón tuve en renunciar enseguida al horror. Los muchachotes resultaron ser tres hermanos, tres estúpidos hermanos que habían hurtado de la biblioteca de su padre dos docenas de libros para vender. Querían *hacerse de una platita* para salir de juerga ese fin de semana, según más tarde ellos mismos confesaran en rueda de adultos cuando el propio padre entró corriendo en “La Repisa” minutos después del episodio llevándoselos a los empellones y ofreciéndome a su vez disculpas por el mal momento vivido.

Pasan cosas como ésta en “La Repisa” y que, por suerte, siguen pasando.

Ayer, sin ir más lejos, un señor mayor vino a vender un libro de Heidegger y presumo que no tenía la menor idea de quién era Heidegger. Porque sólo el lector que no sabe quién es Heidegger es capaz de vender un libro de su autoría. Lo compré, por pudor lo

pagué un poco más de lo que el hombre exigía y le di las gracias. Esta mañana comencé a restaurarlo y sé que al ponerlo en vidriera no serán necesarios más de tres días para que alguien lo compre y se lo lleve.

Me ufano al escuchar a los clientes decir que “La Repisa” tiene aires de una librería europea. Yo mismo me ocupé de soplar esos aires. Me gustan las librerías europeas y no por haberlas pisado sino que las veo en las fotos de ciertos fascículos. La plata no me alcanza para subir a un avión y salir volando a recorrer la *Charing Cross Road* de Londres a buscar sus *Foyles*. O la exquisita *Waterstones*, en Piccadilly. O, el que sería el último y más grande de mis sueños, inviable por ahora pero que jamás dejo en la estacada: pasar la tarde entera de una linda primavera en la ciudad de París con perfume a croissant, *baguette* y tulipán, sin tiempo ni prisa, revolviendo en las repisas de la vieja “*Shakespeare & Company*”, en la *37 Rue de la Bûcherie*.

Cruzando apenas la puerta de entrada al local una tarde colgué en la pared del costado los retratos de Cortázar, Borges y García Márquez. En fila y en ese orden, con Borges en el medio y un poquito más arriba. De manera caprichosa habrá sido nomás que

Borges quedó en el medio y escoltado. Y a menos de tres pasos puse los de Arlt, Hemingway y Kafka. Dostoievski y Nietzsche miran desde el fondo con sus gestos adustos junto a un Fontanarrosa que sonríe y el pálido Edgar Allan Poe sufriente a su lado.

Hay una suerte de azarosa parcelación en mi librería que fui descubriendo de a poco. De un lado están los anaqueles colmados con libros que bien podrían llamarse esenciales, que resisten estoicos el paso del tiempo, aquellos que nunca nadie osará condenarlos al olvido. Enfrente ubicados están los libros prescindibles. Los atroces libros de autoayuda, las mediocres novelas románticas y los best-seller del momento. También hay libros de política que duran una temporada pues, terminado el debate y acabadas las elecciones, desaparecen sus compradores. Estos son los libros que a veces me ponen en situación incómoda cuando un cliente me pregunta en verano: “¿Están buenos para leerlos en la playa?”. O tengo que endurecerme y decirle que sí o tengo que admitir la verdad (y lo hago siempre), que en realidad son un fiasco y que no invierta un solo peso en comprarlos y menos gaste un minuto en leerlos

Le confieso que al principio me resistía a ofrecer esos libros en mi local, no puedo negar que de entrada nomás tuve un conflicto, una crisis, hasta que se hizo costumbre convivir con ellos y que son, en definitiva, los que más pide la gente, el *caballito de batalla*. Los que me dan de comer día a día. Sin esos libros, “La Repisa”, sustentable no sería. Mas si algún cliente ronda el sector de los libros esenciales la cosa cambia. Se enciende una luz en mis ojos y cometo el error (siempre el mismo), dado que no puedo con mi genio, de recomendarle el que a mí me parece mejor, nunca el más caro, el que más dinero me deja, ese con el que le puedo sacar mayor provecho.

Cuando estamos solos con Matilde, vieja gata blanca que agotó más de seis vidas, veo que oronda camina por las repisas y yo hago mía la ocasión para estimular mi afecto por los animales y los libros. Es que tener una librería con una gata adentro más me gusta ahora que tornear tuercas y bulones antes en la fábrica. Estar todo el tiempo en contacto con libros, gracias a José por su ocurrente consejo, me sigue deleitando de un modo tan elevado que sin leerlos a conciencia no me podría ser dable aceptar este mundo de ignorantes.

Cuánto placer les da a ciertas personas (lo adivino en sus ojos) pasar por la vereda de “La Repisa” y quedarse a mirar en su vidriera, pequeñita y alumbrada por dos bombillas amarillas, por ejemplo: la portada de “La hermana menor” de Chandler o el difícil “Flash” de Charles Duchaussois de mil novecientos ochenta y seis. Se quedan patitiesos frente a los cristales mirando conmovidos, con ganas de entrar a comprar raros ejemplares de insólita estética exterior y alto contenido literario.

Hubo una época de hiperinflación que la gente salía a vender todo, hasta sus libros. Eran tiempos de sobrevivencia. Recuerdo que mi hijo dejó la facultad y salió corriendo a buscar trabajo mientras yo, como podía, seguía a fondo con la librería. Eso fue lo que más o menos nos mantuvo. Anita, pobrecita, cosía para afuera, a veces bordaba y otras veces tejía guantes y bufandas para vender en el invierno. Cuando tuvo la oportunidad de dejar su empleo precarizado empezó mi hijo a ayudar en “La Repisa” y es hasta hoy que trabaja a mi lado.

No quise resignarme a cerrar en aquellos años difíciles. Todo lo contrario, puse mi fe en los libros. El sueldo de mi hijo y el ingreso de Anita que vendía sus

labores entre el vecindario, cumplían meramente con la doble función de parar la olla y auxiliar a la librería que por entonces rengueaba. Y así pudimos pagar los alquileres atrasados y otras deudas. Fueron años bravos, los recuerdo muy bien, y tristes, de valientes guerreros malheridos, de montaraces argentinos obcecados en pisar suelo patrio, luchadores a quienes nunca se nos cruzó naturalizarnos para ir a vivir a la vieja Europa con un nuevo pasaporte, huir como se huye de un barco que se va a pique a buscar tierras mejores como otros compatriotas hicieron, imitando a sus abuelos, con renovadas pretensiones.

Como buen comerciante digo que no hay nada peor que la tristeza de ver una librería amaneciendo cerrada por las circunstancias que fueren, con el infame cartel anunciando su alquiler y las vidrieras forradas con papel. Si el lector que habita dentro de mí viese ese local cerrado sentiría un alto dolor en el estómago y náuseas difíciles de sobrellevar. Ni los médicos lo entenderían. Pocas cosas son más dolorosas que pararse frente a una librería que fue cerrada y vacía, con sus estantes desiertos y ese manto polvoriento de los autores muertos velando sus años de esplendor.

En “La Repisa”, por el contrario, los libros ocupan mesas y exhibidores que van de pared a pared y que llegan algunos hasta el techo. Por momentos, incrédulo los miro y siento el placentero peso de ver la cantidad de ellos que grandes plumas escribieran en siglos pasados esperando ser leídos.

No son pocas las veces que relaciono a “La Repisa” con una jungla perfecta de distribución específica sumida a un ordenamiento integral que el uso y la costumbre de un librero como yo le fue dando. Es como si los propios libros, con cierta maña, empecinados en hacer las cosas bien, se hubiesen ido ubicando cada uno en su lugar. Y, cuando leo el texto de sus lomos, difícil se me hace desentrañar la lógica con la que están, a menudo, dispuestos.

Una mañana, muy temprano, mientras tomaba mate esperando el primer cliente del día, me puse a hojear “El concepto y la tragedia de la cultura”, de Simmel. Enseguida pensé qué desemejante y heterogénea es a la hora de escribir un ensayo la cabeza de un alemán del siglo diecinueve comparada con la de otros. En uno de sus capítulos, el autor da por firme que la sociedad moderna había aumentado de tal modo la cantidad de creaciones culturales que

ya se había generado un desequilibrio entre la producción de las mismas y la capacidad de ser recogidas por las personas. Por un lado la infinidad, la inmortalidad de unas y por el otro la finitud de la vida humana. Y cuánta razón tiene, Simmel, en sus afirmaciones. Creo yo que la incapacidad para la apropiación de tanta cultura, del desamor por el arte, del desprecio por la lectura genera angustia, ansiedad y desamparo entre las personas, mas al no darse cuenta no lo pueden remediar.

Algo de esto experimento todos los días al recorrer los estantes de “La Repisa” y descubrir, uno tras otro, títulos y autores que debieran ser leídos por todos quienes se aprecien de mortales mientras que, en realidad, mal que nos pese, tiempo y dinero van por otro lado, a menudo surcando vías muertas que no nos llevan a ninguna estación.

¿Será por esto, acaso, que Schopenhauer no cesaba de decir que junto con los libros deberíamos vender el tiempo que se necesita para leerlos? No estaría mal, sería fantástico, suscribo a la idea de Schopenhauer. ¿Por eso habrá sido, tal vez, que Osvaldo Soriano sugería que si un libro a uno lo aburre a las quince o veinte páginas hay que dejarlo y

tomar otro? ¿Por qué será que la vida es tan corta y los libros son tan largos que no alcanza aquélla para leer a éstos? El gran Fontanarrosa, por su lado, argumentaba no sin razón: “Los autores que escriben libros gordos abusan de la confianza del lector. ¿Por qué le tengo que brindar tanto tiempo a esa persona?”

Hoy la librería ya no es la misma. El negocio no es como antes, la competencia se puso dura. Ha cambiado el público, cambiaron los gustos y mudaron el papel por Internet. Hoy mantener un local de libros usados como el mío sin mayores pretensiones es muy difícil, no lo resiste cualquiera. Ahora se compra todo nuevo *on line* las más veces. No es lo mismo que abrir un almacencito, o una *pilchería*. Con los libros opera otra lógica. Yo no me quejo porque, tal como dijera José aquella vez en ““El Ateneo”, aunque mínimo, tengo un público cautivo.

Por fin, ésta es mi historia con los libros usados después de que me despidieran de la fábrica. Sólo me resta decir que, más allá de la limitación temporal de su edición, de la falta de tiempo y dinero, a veces los libros también escapan al lector, se nos *piantan* de las manos, se hacen rogar y sacan chapa de *imposibles* que enseguida desistimos de salir a buscarlos. Mal

hecho, señor, mal hecho. Hay que seguir buscándolos hasta dar con ellos. Hasta el fin. Y leerlos una y otra vez de ser necesario. Una posibilidad es “La Repisa”, mi humilde librería de libros usados aunque, ahora que lo pienso, hay uno que siempre quise leer: “Cartas escogidas”, de Faulkner. Usted, acaso... ¿no lo tiene? De tenerlo se lo compro ahora mismito al precio que considere justo. No quiero ser latoso y menos en este instante pero déjeme contarle que estando de paseo en Villa Carlos Paz, seré breve, vi un ejemplar en la vidriera de una librería aún más pequeña que la mía frente al Casino y, por cierta razón que no le encuentro explicación, no lo compré.

Pronto me arrepentí y unos días después volví para llevármelo.

Para mi mal, el libro ya no estaba. Suele pasar. A los lectores nos pasa. Se nos pasa. Los grandes libros corren y desaparecen. Se esfuman. No permita que le ocurra a usted también.

Niño espartano

El general tendrá unos cuarenta años. Alcanza la endiosada categoría de los hombres de talla grande, monumental, un gigante con músculos del Minotauro, fuerte como el acero, hercúleo, con piernas, brazos y cuello teñidos de bronce por el sol y surcados con hondas cicatrices de antiguos fieros azotes sufridos por el filo de la espada impiadosa, del hacha guerrera y traicionera, de aquella lanza arrojada a su pecho con maestría por el peor de sus enemigos en la batalla de Salamina, por una lluvia de flechas que echaran a volar las listas manos de feroces contendientes, cicatrices que son y serán testimonio de batallas perdidas y las más ganadas de inicio a final. Nadie ataca, esgrime la espada, usa el escudo, blande la lanza, defiende su Patria y sujeta con la brida a un colosal corcel como lo hace él. Una cabellera larga y negra y lacia y nevada a la altura de las sienes abate su peso sobre sus hombros y a la vez le hermosea el rostro y acentúa su frente con perceptibles arrugas horizontales. Sus grandes ojos redondos y hundidos, oscuros y expresivos, más que observar clavan al otro esa mirada que nace detrás de sus crecidas pestañas

tan arqueadas que por momentos parecen expresar una declaración de melancolía, ojos animados a revelar tanto su orgullo como la fiereza y energía, y una nariz definitivamente helénica deprimida en la punta, de abiertas ventanas verticales que son el evidente signo de la desconfianza. Ciertas líneas regulares y acentuadas por encima de sus labios consumidos, desecados, que denotan astucia y crueldad, estrechan una boca que no abre sonriente para mostrar sus dientes mas, sí, a la hora del enojo para gruñir su fiereza.

El general luce una barba aguda terminada en punta y afligidos pies de piel reseca que a pellejo de buey se asemeja. En sus crecidas cejas lanosas e hirsutas, curvadas, se pueden observar pequeñas rayas perpendiculares que son señal innegable de irascibilidad. Todo lo descrito define la asombrosa fisonomía del general que es herencia de Ares y la naturaleza, maltratada también por la severidad del sol, del acero y del avieso viento de mar cargado de sal en las costas del Peloponeso.

El general se llama Aeneas y es el primogénito del rey que ha muerto hace unos días. Situado su pueblo estratégicamente entre las ciudades estado de

Zelotes y Pelagius, es ahora el jefe de una gran región que hermana de este a oeste las costas de su amada Grecia.

Apoyando unas veces a Zelotes contra Pelagius y otras tantas a Pelagius contra Zelotes, su predominio sobre ambos gobernantes locales se fue haciendo menos duro y más constante que en remotas épocas pasadas cuando su ambicioso abuelo y después su no menos ambicioso padre disponían el presente y futuro del pueblo sentados nomás en sus trono y dudosos cabales hasta que este último enfermó y entregó su vida a los dioses y el trono a su hijo. A cambio de aquellos dos, para Aeneas dividir y reinar no es ahora su distintivo. El General Aeneas quiere la unión de todos los griegos en defensa del ataque de persas y de posibles otros fieros hermanos guerreros que pretendan invadir su grandiosa patria terrosa y hermosa, reseca y rocosa, madre de la gloria y el honor que una vez se perdieran en el olvido colectivo.

Así las cosas, Zelotes y Pelagius, que también son bravas para la lid y diestros sus soldados en el romántico ejercicio de la guerra, entendidos en todo género y faenas bélicas de expertos jinetes, sin

envidiar a este *semidiós* espartano y nuevo rey, ponderan la prudencia de sus consejos, su sesuda previsión, su carácter persistente y conciliador entre hermanos y a sus pies obedecen y rinden pleitesía.

La vida de Aeneas es digna de contarse.

En el 423 A.C. un todavía joven e irascible Aeneas fue hecho prisionero en la Meseta de Arcadia luego de luchar y ser derrotado en la batalla contra los bárbaros del norte y bajo las órdenes del rey, su padre, a unas treinta leguas del lugar donde fuera parido en alumbramiento doloroso de una joven madre primeriza en tiempos en que las mujeres tenían a sus críos en soledad, apartadas de la comunidad, siempre cerca de un curso de agua y con escasa ayuda de terceros, de eventuales comadres, tal la costumbre. Aeneas, junto con otros jóvenes soldados iniciados en la guerra y demás gentuza enrolada durante la marcha y masacrada luego sin piedad por el enemigo impío se habían quedado en la meseta cuidando una caballada entretanto su padre irrumpía en dominios ajenos para saciar su afán de conquistar a puño cerrado y a golpe de espada muchas más tierras que las necesarias.

Los bárbaros confiados a la seguridad de las fronteras, escondidos en el bosque de Arcadia en un número de mil, curtidos para enfrentar al mismo Zeus si fuere necesario, degollarlo después y arrancarle el hígado para cenarlo esa misma noche, maniobraron hábilmente contra Aeneas y sus hombres y se lanzaron de repente al advertir su presencia. Primero habían tomado estratégica posesión en actitud de acecho cerca de las aguadas por donde debían pasar los soldados que fueron sorprendidos y despojados de la caballada. En poco más de lo que un gallo canta mataron a los más bravos cuyos cuerpos sangrantes dejaron cuales carroñas tendidos en el suelo para alimento consuelo de perros, zorros y comadreja. Enseguida capturaron a Aeneas y a parte de la chusma incivil alborotada y vencida, alistada durante el camino tan dispuesta a despellejar a su enemigo a cambio de unas dracmas de plata.

Entonces, el joven Aeneas y sus compañeros de infortunio fueron conducidos prisioneros en largo y penoso viaje al corazón del territorio, de un pueblo nórdico donde esperaba el mandamás, un hombre mayor al que un certero estacazo de lanza propinado por un guerrero ateniense le desbastara la pierna

izquierda a la altura de la rodilla y que, por eso, no pudo más montar y sí apenas caminar ayudado por un cayado de madera.

Las familias de los bárbaros, en gran número, vivían en lugares inexpugnables en medio del Bosque de los Ciparisos que ni siquiera el rey, en su mejor momento, pudo jamás hallarlos recorriéndolo de extremo a extremo con su ejército casi todos los días en su ambición por toparse con posibles enemigos hostiles y por fin exterminarlos para cebar su placer.

El Bosque de los Ciparisos dormía manso a la distancia pasando seis lunas los agrestes peñascales donde no llega el viento y las tormentas ocurren, pero pasan tan rápidamente que apenas si alcanzan sus lluvias el suelo mojar. Pleno de laureles y robles, manzanos y olivos, tanto zorros como ardillas se reproducían a su sombra, dos arroyos lo cruzaban donde pescar se podía, madera seca había y carne de gamo para comer no faltaba, y ciertas coloridas aves que en sus ramas anidaban para entretener con sus alegres cantilenas el diario ritual de la desgracia de aquel pueblo perseguido por el rey y por Palas Atenea, siempre despreciado.

El *no-divino-bosque-hogar* de los salvajes se ahondaba en las entrañas de la tierra custodiado por enaltecidos bloques de piedra y extensos caminos de cornisa que demasiadas vidas se llevara al desbarrancarse partidas completas de soldados sorprendidos en fieras tormentas de viento y nieve unas leguas antes de llegar. El bosque no deja de ser un vergel situado más allá de las montañas, nacido al otro lado del sagrado Cerro Magno donde habitan las águilas y ciertos dioses menores.

Y así fue que permaneció el joven Aeneas encadenado en el 423 A.C. junto a otros prisioneros de menor valía que los bárbaros ejecutaban de a dos por día, seleccionados al azar, empalados en cruel acción, haciendo gala de una diversión propia de los bravíos pueblos salvajes de entonces y tratados con extrema dureza, una exagerada fiereza jamás vista en tiempos anteriores, castigado Aeneas en cuerpo y alma (como debía ser todo castigo del hombre) al reconocerlo aquel pueblo hijo del rey.

Se disipaba cada día la esperanza de mejorar su suerte. Pasaban lerdos los meses que hacía mucho había dejado de contar hasta perder por completo la noción del tiempo, su cuerpo se debilitaba y su padre

que no llegaba a rescatarlo de una muerte segura. Mas como está de Dios que el hombre suba a la cumbre de la montaña cuando menos éste lo espera o caiga en el abismo de la desgracia cuando todo le sonrío en derredor, un mañana el bárbaro mandamás de una pierna sola ordenó llevarlo a las cumbres altas donde las ánimas habitan y allí lo dejaran abandonado a merced del destino, el inapelable sino de los hombres y la Humanidad, nada más cubierto con un calzón, sin agua y sin ración, armas tampoco, para hacerse cargo de a poco de su retiro en soledad y esperar del inframundo la llegada de Perséfone.

Pasó el tiempo trajinando duro Aeneas en las cumbres altas chocando contra la realidad, luchando por sobrevivir, tratando de vencer al hambre, al frío y a la sed del modo que podía, que hasta serpientes comía y escorpiones venenosos. Cubrió sus partes con el redentor cuero reseco de un unicornio anciano muerto hacía mucho y muchas veces y hasta bebió su orina en la sequía. Abandonado al raso, el joven Aeneas fue recibiendo lecciones de la naturaleza, útiles para hombres de su estirpe y provechosas, sobre la manera de hacer muy bien las cosas en situaciones extremas y el modo de amansar a un

ansioso corazón ocupado por el odio, el dolor y una insaciable sed de desquite, aprendiendo mansamente a sosegar la mente y regentear su ánimo irritado.

El guerrero asumía día a día que tanto penuria como necesidad templan el carácter del hombre y lo hace menos vulnerable ante el peligro. El recuerdo de su hogar, entretanto, el anhelo de un pronto regreso a las tierras de su padre y una renovada ambición de libertad, más el deseo incontenible de ver otra vez el rostro de su madre, despertaron en él la idea de ponerse en marcha y hallar el camino a casa aun sin conocerlo, sabiéndose endeble y a costa de cualquier riesgo, escapándole también a Perséfone que, hasta allí, no lo había podido encontrar.

Aprovechando entonces el amanecer, luego del descanso a la luz plateada de una hermosa noche de luna, más la confianza que en sí tenía y al límite de sus fuerzas por cierto menguadas, echó mano a cosas atesoradas y alzándose en sus dos pies rumbeó montaña al sur dando por cierto que por allí quedaba su casa. Unas decenas de veces se perdió entre los peñones antes de acabar la primera semana de dura faena, no era guerrero entrenado para seguir rutas desconocidas, nada fácil para él y, temeroso de ser

descubierto y aprehendido nuevamente por los bárbaros, algo probable inclusive para un hombre avisado como Aeneas, desechó acercarse demasiado al verdor y a las corrientes de agua en el valle una vez que bajó de las montañas y encontrarse de cara con bandidos o lo que hubiere sido peor: con sus enemigos.

¿Dónde quedaba su pueblo?, algo percibía, ahora menos extraviado en esos pagos que reconocía por flechar ardillas con su padre cuando niño.

Quedaba mucho por hacer, mucho por andar, mucho por sufrir las consecuencias de haber caído apresado él y sus hombres a causa de un descuido en la Meseta de Arcadia. Un guerrero, antes que prisionero, prefiere definitivamente una muerte digna en combate atravesado su pecho por el fatal acero en puño de bravo guerrero. Esa gracia no le había sido concedida a Aeneas que, a esa altura de los hechos, basado en la triste experiencia vivida durante y después del cautiverio, se le sosegaba de a poco el corazón y dejaba ya de pensar en hacer la guerra para soñar por las noches, de cara al cielo y escoltado por la Estrella del Sur, dejar de lado la espada y formar una familia, amar a una mujer que le diera hijos

varones no para que sufran pensando en guerrear sino que puedan por fin vivir en brazos de la paz, de la armonía y libertad, rancios valores perdidos en la magnífica Grecia filosofal *cuasi* desbaratada después de desatadas las guerras.

Al llegar al viejo Puente de Piedra, emmohecido por el paso de los siglos que vaya uno a saber quién lo construyó, enseguida reconoció como propio el lugar, parte del reino de su padre y al instante se topó con una partida de jinetes. Eran muchos y estaba oscuro. Los jinetes jineteaban mas no hablaban, no podía distinguir, Aeneas, su cualidad de amigos o si para su desgracia resultaban ser enemigos. Se agachó entre matorrales, callada su boca casi sin respirar. Imposible fue resolver en semejante crucial momento qué hacer bien y optó por quedarse quieto a mirar transcurrir la escena. Los hábiles guerreros saben que, ante la duda, es mejor hacer nada. Quince metros, no más, separaban a la partida de jinetes de su posición. Un leve sonido, un tenue quiebre de las ramas al pisar, un chasquido de sus dientes ateridos por el frío, un bufo involuntario producto de la fatiga y el cansancio, sólo eso, lo acercarían tanto al rescate como a una muerte segura, así que optó por el silencio. La cabalgata pasó

frente a sus narices rumbo al este hasta perderse de vista, eran sombras nomás de varios jinetes marchando en procesión y tan quedamente que apenas si podía oírse el sordo eco de los cascos sobre la grama.

Al rato, el joven Aeneas, extenuado por el trajín y el dolor atroz de sus pies desnudos y sangrantes, cayó dormido entre las breñas a soñar otra vez con la deseada amada y fue el canto del mirlo que lo rescató de la quimera para traerlo a la vida.

Era la hora temprana y pudo sentir en la piel, después de un largo tiempo, la comedia primavera. Dulce y bienestar alrededor. El viento se había retirado a buscar otros paisajes y el sol despuntaba lento esa mañana surtiendo al horizonte de una hermosa gama de colores mientras el tibio aire de abril se hacía cargo de abrigar el castigado cuerpo todavía contraído del joven Aeneas.

Entonces, sin especular un segundo, sintiendo que la necesidad de agua era mayor que su prudencia se reveló frente al río a beber, a recuperar sus pies, a refrescar el cuero y el ánimo, no obstante el riesgo que suponía quedar expuesto de ese modo a la vista de todos y de posibles enemigos. Aún estaba en pleno

cruce de tierras lejanas, por decir: neutrales. Comió crudos los restos de una ardilla cazada con maestría y se puso nuevamente en marcha. No paró hasta caer la noche. Jadeante, a cada paso miraba con una suerte de obstinación hacia los cuatro horizontes. No debía permitirse un error pues la contingencia de ser sorprendido y apresado le valdrían, tal vez, perder la vida.

Con los últimos arrestos alcanzó entonces el borde del Valle Verde de Hélade después de haber andado con incierto rumbo, descansado de a ratos, alimentado con bayas y fresas (fuerzas para cazar no caben en músculos deshechos), y avanzando como podía consumiendo los días entre juncos y plantas a la vera del río. Allí no lo dejaron pasar unos compasivos hombres que lo vieron venir tan maltrecho caminando lentamente sobre sus pies dañados, labriegos ellos, personas de buen trato con quienes convivió más de un mes en una aldea retirada para curar sus heridas, reponer los bríos perdidos y aceptar de sus mujeres cuanto necesitara y pudiera cargar.

Aeneas dedujo que ya estaba muy cerca de encontrarse con los suyos, de modo que la composición de lugar ideada para marchar y encontrar

el camino a casa que concibiera allá lejos, en las altas cumbres, donde fuera dejado abandonado entre bloques y torrentes a su suerte, surtió el efecto buscado. Y dedujo también que no todos los habitantes de los bosques y los valles que rodean a las ciudades eran forzosamente bárbaros, que había paz y entendimiento con algunas tribus que allí vivían, fielmente respetuosas tanto del rey como de su ley. Intuía que estaba a un paso de regresar a casa para alistarse a vivir en su mundo nuevo y soñado, próximo a lograr la paz, lejos de hacer la guerra.

Al fin, el General Aeneas conserva el grato recuerdo de su travesía después de caer prisionero en el 423 A.C. Y grato es pues en ese tiempo perdurable lleno de penurias y peligros pudo al fin encontrar su esencia que le permitió idealizar el sueño del guerrero pacificado. Casado está con Eladia, una muchacha de aspecto sencillo mas crecidas luces intelectuales, librepensadora ella, y bella, segunda hija de una familia de antiguos colonos de la Grecia asiática. El general habla de Eladia llenando su boca con palabras respetuosas, dice que cuanto es y sabe se lo debe a su *reina*, que después de Afrodita no ha tenido otra

madre mejor (inclusive la suya, una anciana que vive todavía), que por ella conoce cómo se compone un amor verdadero, de qué modo se cuida a los amigos y se aspira a la unión familiar para aumentar la progenie y sentar buenas relaciones con otros en cada estación, dice que ella también le enseñó a abrazar, a besar, a dar una caricia y a salir indemne del infame laberinto que integran las contiendas y las espadas. Que a más de estos beneficios incomparables le debe en parte el ser ahora también hombre piadoso, lo que le ha valido tornarse un hombre afortunado.

Y si bien los bárbaros del norte no se postran ante nadie y menos ante los piadosos y que toda Grecia sigue en pie de guerra todavía, que el bravo Héctor en Troya se alza, que Esparta está por poco desmembrada, que el Bósforo y Macedonia se revelan con ganas de conquistar nuevas tierras, que los reinos de Epiro y Odrisio se detestan y sus soldados miden fuerzas en duros entreveros manchando con sangre el sagrado griego suelo de los dioses del Olimpo reconoce, el General Aeneas, hoy rey de reyes, su superioridad espiritual sobre los demás aunque le guste vivir cual un semidiós y le haga sentir feliz tener el mayor número posible de soldados entrenados

(espartano tenía que ser) por las dudas se desate la incursión de otros griegos *non sanctos* o de los terribles persas al mando del renombrado Jerjes el Grande, un rey intolerante y casi un idiota.

En una palabra, ser piadoso, en cuanto esto supone cierta virtud misteriosa, para convertirse en dichoso tanto en la paz como en la guerra... no alcanza, y el general decide hacer de su único hijo: Alexios, de once años cumplidos en la última estación, y para evitarle una muerte inequívoca y temprana, un labrador... no un guerrero.

Entretanto siguen las jóvenes madres pariendo centenas de varones en Esparta, algunos con buena salud que son entregados al pecho lechoso y otros menos afortunados que, por insondables argumentos del destino nacen débiles, es decir, discapacitados para la lucha, sin el llanto vital del recién nacido que revela salud, vigor y fortaleza, son arrojados al fondo del barranco del Taigeto.

No parece haber virtud en estos actos, inclusive en el corazón del compasivo rey piadoso que permite semejante vergüenza frente a la atenta mirada de los dioses. Esparta continúa estableciendo como norma una escrupulosa eugenesia destinada a criar varones

sanos y fuertes... guerreros. De acuerdo con Plutarco, el propio General Aeneas examina junto a su comisión de ancianos en la Lesjé a los críos recién nacidos para determinar o no su hermosura y robustez.

“¡No lo hagas, mi rey, por favor!”, grita una madre del dolor entre lágrimas que anublan sus ojos cuando ve pasar al General Aeneas con su recién nacido en brazos camino al barranco. Ella sabe que es la ley y la costumbre que deciden en ciertos casos sobre la vida y la muerte, no los hombres, y es el propio general-rey quien lleva en este atardecer al nuevo mal nacido sin nombre al Apóthetas, al pie del Taigeto para arrojarlo con su piel desnuda al hondo fondo contra los peñascos bajo un soberbio cielo arrebol como tal se presenta, donde carne, hueso y alma de otros niños infortunados y mártires iguales al nacido hoy esperan resignados su caída. O abandonarlo untado en óleo a puro llanto sobre una piedra en la cima (el rey decide en el momento), de igual modo como fuera él abandonado en la cima por los bárbaros a esperar la muerte aquella vez.

Muerte que llega para llevarse al pequeño al inframundo.

En Esparta, su rey, piadoso y soñador, no deja alimentar a bocas improductivas.

Superada la prueba al nacer, su hijo Alexios había sido instruido por Caxiopea, la experimentada nodriza de la corte que lo crió sin concesiones a la manera como Amicla criara en su momento al ateniense Alcibíades, que le enseñó a evitar toda clase de caprichos o rabietas, que tanto lo acostumbró a estar solo como a no temer a la oscuridad, que lo bañó con vino en las mañanas haciendo que las naturalezas enfermizas sucumbieran y robusteciendo, en cambio, a las sanas. Y a los siete años, Alexios, como otros chicos espartanos, dejó su casa natal y quedó bajo la autoridad de un tutor, magistrado que supervisó su primera educación hasta enlistarlo en una unidad militar infantil, tal la costumbre, al mando de un muchacho mayor de diecinueve años, fino para el amor y fiero para el combate. En todo ese tiempo Alexios aprendió a leer, a escribir y a cantar las elegías de Tirteo.

En Esparta los guerreros saben cantar.

Pero lo esencial consiste en curtir su cuerpo por medio de la lucha y el atletismo, de a poco endurecerlo, aprender luego el manejo de las armas,

marchar en formación, obedecer ciegamente a sus superiores y buscar siempre el bien de la ciudad. Se preparó, Alexios, a no saber vivir solo, estar como las abejas unidos por el bien público en torno y a merced de sus jefes si es que llaman al combate.

Verdad es que la civilidad griega moderna pretenda, a instancias del rey y con cierto disimulo, hacer de sus hijos labradores y no guerreros. Y es por esto que los sabios, cultos e ilustrados hombres como las dulces mujeres que dan de mamar ahora predigan que su pretendida civilización pacifista no será más que un estado de barbarie refinada.

Por supuesto que, siendo el General Aeneas carnal de un padre guerrero y conquistador, hacedor de sangre y dolor, oyéndolo hablar con cierta tristeza y decepción de su progenitor, después de todo lo vivido por las sufrientes familias que perdieron a padres y a hijos en las guerras, se hace la ilusión que lo más fácil que le toca ahora hacer como gobernante de una amplia comarca del Peloponeso es, nada más, pacificarla.

Pero al más ducho y razonable de los hombres se le escapa de las manos los cambios cuando se está en presencia de alguien en estado primitivo.

La vanidad y tontería humanas reciben invariablemente su castigo: el hijo del general no quería ser otra cosa que guerrero valiente y no labriego, violento y febril dispuesto en batalla a morir y para eso se entrena todos los días pese al ruego de sus padres: “Tú, padre, tú y mi tutor me han enseñado que la libertad de elegir no se negocia y como buen espartano elijo ser guerrero”.

La diplomacia es igual en todas partes, la cuña para ser buena ha de ser del mismo palo y así es que el padre deja que su hijo Alexios, *el protector*, sea nomás un guerrero. Y lo que es más realista aún: la gratitud anda a caballo en casa de aquellos que creen merecerlo todo y para el general-rey y su esposa su hijo merece todo y enseguida lo convierten en un nuevo éforo en solemne ceremonia, un adolescente entrenado para ser valiente soldado y despiadado.

Al poco tiempo ya está Alexios en condiciones de guerrear, la espada manejar y el caballo, la lanza y el escudo, seguro de sí mismo está decidido a matar y no a morir toda vez que se lo ve ejercitar. El bueno de su padre, que no da puntada sin nudo, viendo y aceptando que el pájaro se ha volado de la jaula y que no es malo tener presente que quien cría guerreros los

expone a morir en la víspera, hace a su hijo un regalo: doscientas yeguas mansas y dos tropillas de corceles negros y para él un radiante potro blanco con su aparejo completo adornado con cobre y plata, algunas arrobas de azúcar, de sal, cientos de monedas de oro, seis carros cargados con sacas de granos secos, docenas de odres para recoger el agua fresca de río o manantial, enormes barricas con aceite y otras más repletas de vino, dieciséis bueyes que tiran de ocho carretas llenadas con elementos necesarios para las maniobras de guerra, un traje de capitán con casco, morrión y sandalias de cuero trenzado, más coraza de metal pulido, la espada que fuera de su abuelo para uso personal y demás armas forjadas a propósito.

Con este regio presente iba también una carta escrita de su puño, que Alexios conservará, concebida así:

“No creas que estoy enojado por tu partida al norte a guerrear, aunque debiste habérmelo prevenido para evitar el disgusto que a veces me da una noticia. Nada más natural que ver felices a tus padres, sin embargo nunca lo manifestaste. De haberme dejado, te habría ayudado en el viaje haciéndote acompañar

por mis capitanes más experimentados y seis escoltas personales. Dile a Ptolomeo, guía espiritual de la primera tribu del Valle Verde de Hélade, si es que te lo topas y vive todavía, que guardo cariño por él, que deseo el bien a su pueblo por haberme socorrido en mi desesperado camino a casa al bajar de las montañas a puro pudor y sudor tiempo después de haber sido apresado por los bárbaros hace quince años. Recibe, hijo mío, este obsequio que es cuanto por ahora te puedo dar. Concorre a mí siempre que estés pobre o precises un consejo. No olvides mis lecciones porque son las de un padre cariñoso, y que los dioses te den salud y larga vida. Por lo demás, vuelve a casa como tu padre lo ha hecho, cuando puedas y así lo decidas, que tu madre quedará esperando”.

Ardua tarea es desentrañar las intenciones del más inocente mortal y cada cual juzgue a su manera la carta susodicha. Cuando se trata de los pensamientos del prójimo, sobre todo del deseo de un hijo, el General-Rey Aeneas tiene presente el decir de cierto moralista ateniense desaparecido y que fuera amigo de su padre, que solía hablarle al mar de pie sobre los peñascos: “No confundir a un hombre con el Estado,

es ley del Olimpo prohibir los juicios temerarios, es también ley de caridad, de justicia y de buena lógica”.

Alexios recibe la carta y la lee, descubre en cada una de sus palabras el malestar y resignación de su padre, siente un poco de vergüenza, no quiere desilusionarlo, delibera qué debiera ahora hacer y, a sabiendas de que la mejor suerte es no jugar con el peligro, o como diría su tutor: “Si de ésta escapo y no muero... no más guerras en este suelo”, igual resuelve agradecerle a su padre la fineza, un beso le da a su madre y se marcha nomás como el guerrero que ansía ser.

Para que en ningún tiempo se dude de sus sentimientos y deseos de paz, después de consultar a las viejas agoreras, El General-Rey Aeneas se inclina ante Zeus y sus hermanos y jura no moverse jamás de su tierra. Vinculado por este voto a su hogar, al terreno donde nació, a los bosques en que pasó su infancia y sus penurias, Aeneas no ha de pisar jamás tierras ajenas con el afán de arrebatarlas ni marchar en busca de su hijo, pero cae en la razón que si viene una invasión será nuevamente prisionero.

El pueblo conoce este episodio porque él mismo lo ha contado. El general espartano, rey de

toda la comarca, hacedor de sueños, se ha despertado esta mañana dueño de una rara visión y expresa, en presencia de los suyos, sus vivos deseos de conocer al Maestro.

— Eso no, hermano rey.

— ¿Y por qué no, Maestro?

Le refiere, el Maestro, entonces: “Lo haces para que todos vean que el saber y la creencia en el trato con tu hijo se reduzca a un aforismo que hasta los poderosos reyes como tú practican en sus días: la desconfianza es madre de la seguridad.”

— Te he dicho que Alexios es hijo de un rey ahora piadoso que busca la paz y no la guerra.

— Poco importa eso, hermano rey. Alexios morirá trágicamente.

El General Aeneas, rey de reyes, sumiso le dice al Maestro que para salvar a su hijo de una muerte segura en los campos de batalla está dispuesto a dejar en el desierto su material de guerra,

su oro, renunciar a su poder en esta tierra y rogar a los dioses del Olimpo por su salvación y vuelta a casa a tomar la azada y carpir.

— Los espartanos son guerreros por naturaleza, tú lo sabes hermano rey, y tú eres un espartano, igual que tu hijo, así has nacido y te han formado: guerrero por siempre.

— Pero...

— El jefe de las tribus del norte será impiadoso con tu hijo. En los cerros sorprenderán a su ejército y a él durmiendo bajo los árboles soñando un sueño por venir y, antes de empalarlo, o de pasarlo a degüello, lo harán prisionero.

— Así ocurrió conmigo.

— ¿Lo ves, hermano rey?, ocurre siempre. La historia renueva aconteceres.

Entre los espartanos prevalece el derecho del más fuerte, sus costumbres son sus leyes y toda

Grecia lo sabe, inclusive sus peores enemigos: los persas. Aeneas recibió la jerarquía de su padre, gustoso lo hizo aunque con renovadas intenciones, y ahora piensa en la posibilidad de la abdicación en favor del hijo si fuere apto para el mando, el cambio, el nuevo modo de vivir la vida gobernando a un pueblo pacifista sin temor a morir o ser muerto. Entre los griegos, como en todos los imperios de oriente y occidente hay revoluciones que derrocan a los que invisten el poder. La regla, sin embargo, sólo sufre alteración cuando el rey no tiene hijos ni hermanos que puedan heredar el trono.

En el caso que nos toca, Aeneas habla con el Maestro:

— Ronda en mi cabeza hacer una asamblea, un concilio en el que la mayoría dirima pacíficamente, un pueblo donde el sufragio prevalezca sobre las costumbres.

— Esto es improbable, hermano rey, debes así entenderlo. No gastes tus días en cambiar las cosas, ellas solas cambiarán con el tiempo.

— Más revoluciones hemos hecho nosotros, toda Grecia, Maestro, ávidos de nuevas conquistas, víctimas hoy de un exterminio, mañana de otro, viendo morir amigos y parientes, quitando y poniendo gobernadores, todavía más que los propios bárbaros, por la ambición de gobernar.

— Es asunto que se presta a fecundas reflexiones, hermano rey, los que aman la libertad racional de su pueblo se persiguen y exterminan con implacable saña jurando que son salvadores, y todo por la satisfacción sensual que da el poder.

— Reflexionemos, entonces, Maestro.

— No tiene sentido que en estos días todavía, quienes aman la libertad natural y no quieren sangre derramada en fratricidas guerras sean meros ilusos... como lo eres tú.

Nada es más atrayente en Grecia que escuchar con fruición la juiciosa conversación de un Rey y su Maestro. Es que ellos creen en cosas que el resto de

los mortales no: que los principios son indivisos y los hombres una quimera, innecesarios en algunos casos, que la vida fluye y deviene a su tiempo y forma. Si los reyes hubiesen pensado como ciertos maestros, es probable que otros maestros hubieran pensado como ciertos reyes dentro de un círculo perverso y malicioso, encerrados en un laberinto sin salida en el que todos corren a tontas y a locas queriendo escapar, y que las naciones destinadas a florecer o perecer habrían sido arrastradas al precipicio por igual.

Como Grecia se ha de convertir pronto en el asiento principal de todos los refugiados políticos, el debate y la debacle estarán allí a la orden del día. Y aunque parezca broma o exageración, las noticias no escasearán. Todo llegará a oídos del pueblo, todo se sabrá. Y todo cuanto sueñen los ciudadanos y los refugiados circulará como noticia venida del Olimpo, proveniente del Oráculo o del mero chisme cotidiano, y no importará cuando la noticia asuste y mueva al estupor.

Hoy es Aeneas quien se ha pronunciado contra las costumbres en favor de una enriquecida y mejor convivencia, mañana será otro, y al día siguiente el mismísimo Rey de Persia llegado de las dunas tal vez

se haga dueño de las tierras altas del Peloponeso luego de poner en práctica sus crueles costumbres.

Posiblemente se subleve Corintio, después Almacea, y los asiáticos clamarán contra el gobierno unos años antes de que Roma sea imperio y por la fuerza los despoje.

— Todas las voces se discuten, se comentan, se prestan a mil conjeturas, hermano rey, se trata de saber cómo has llegado a soñar una vida sin espadas y sin conquistas en los tiempos que corren.

— Quien ha traído el nuevo sueño no concierne, Maestro, el tiempo corre y nada sucede, el ejército se realiza y Alexios avanza con sus legiones a una muerte segura, el tiempo es oro y es necesario no perderlo, los ilustres y los sabios de Grecia duermen en las pajas.

— ¿Acaso tienes idea de las quimeras que en Grecia han acunado la imaginación con motivo de las guerras, del sublime acto de luchar en

batallas desiguales para alcanzar el poder y la gloria?

— Ha sido una gran tragedia, Maestro. Es mi nuevo modo de ver.

— Ahora que ya sabes el origen de tu sueño, General-Rey Aeneas, que conoces su rostro y cómo en él cambian los hombres el uniforme militar por el hábito y la toga, pregúntate de qué se ocupan los politicastros en las ciudades importantes, siempre laureados de autoridad, rodeados de oro y otras particularidades. Y entonces renovemos el hilo de nuestra conversación empezado por decirnos la verdad: nada tiene que ver tu sueño de paz y armonía con la cruda realidad de los hombres.

El Maestro sostiene en la mano un cuerno de buey con agua fresca. Lo inclina y deja verter su contenido sobre la roca lentamente: “Es la gota que horada la piedra, Aeneas, será en un futuro lejano que se cumpla tu pomposo sueño. Muchas vidas para sí tomará Grecia antes de convertirse en la nación que hoy tú deseas”.

El General-Rey Aeneas siente que con sus palabras el Maestro le ha echado brasas candentes en su estómago. La erupción no se hace esperar y su boca es ahora un vertedero de impropiedades: “¿Por qué, Zeus, Hera, Hades, Poseidón, despiden a torrentes cuanto néctar y ambrosía han comido sobre nosotros los mortales como un vómito de fuego?

Se oye un bullicio en el Olimpo.

El general-rey está turbado de dolor y enojo, no ve, no oye, no siente. Sólo odia un poco menos a los dioses que al Maestro. Se figura su cuerpo que no está pisando el suelo sino suspendido, girando a la manera de una rueda sobre su propio eje, con la cabeza hacia abajo, gravitando mucho más que el resto de la sufrida Humanidad.

— Horribles ansias, repugnantes arcadas agrias como el vinagre y una desazón y una molestia imponderables te devoran, hermano rey, aquíetate o te extinguirás.

— Pasaré el mareo pero no mi sueño, Maestro.

— Eres un iluso, hermano rey, ve ahora a tu casa y arrepíentete de recibir toda la grandeza

y el poder, del camino real que tu padre te ha legado, no eres tú el merecedor de Grecia.

De regreso al palacio, el General-Rey Aeneas se sentará en su trono macizo de oro y viéndose abatido pedirá una copa de vino. No dejará de pensar en su dulce sueño de paz y Alexios en peligro. Dirá que no quiere ver más al Maestro, ese viejo hombre que poco entiende de sueños, que sólo piensa en astros y en matemática, que pasa las horas mirando las estrellas y conversando naderías con el mar, enredando números incomprensibles, corrigiendo cuentas, observando las fases de la luna y elucubrando inútiles teoremas que nunca habrá de resolver.

Hay situaciones en la vida de los reyes que son como el incendio de un buque en alta mar, todas las probabilidades estarán en su contra y Aeneas, a su tiempo, lo sabrá, se hallará en una encrucijada. El rey no estará para bromas. Obtener del Maestro un mínimo de tolerancia y comprensión fue imposible, y menos arrancarle al viejo sabio un consejo que lo ayudara a cumplir con su sueño pacificador.

Le llegará también el día en que la tomará fuerte de los hombros con ambas manos y a modo de reproche, mimbreada como una fina vara con todas sus fuerzas unas veces, empujándola hacia atrás otras, le dirá con estridente voz: “¡Eladia, esposa mía, no debimos dejarlo ir!”.

Ella le contendrá y rechazará con moderación. Un movimiento brusco de su esposo podría hacerle dar un traspié y caer de espaldas. Y si cae de narices, quién sabe si sus dotes de mujer hermosa no le harían para siempre una traición. El caso será embarazoso, el momento complejo, más si todo ocurre en presencia de la corte que mirará azorada la reacción de su rey en perjuicio de su amada esposa tal vez alguien le pondría fin. Una de las veces en que ella se esforzará en contenerlo él tropezará. Por el malestar que sentirá en sus entrañas por poco no caerá desmadejado del mismo modo como siente caer el sueño de gestar una patria nueva y grande y pacífica, dedicada al cultivo, al comercio y no a la guerra, más cercana al amor fraternal que al odio visceral.

Eladia, entonces, aprovechará el breve instante de debilidad de Aeneas para abrazar a su esposo con suma ternura, ella es la mujer que él ama de verdad. Y

lo hará con sus delgados brazos de piel suave cual alas de mariposa. Temerán los miembros de la corte al ver que su rey buscará entre las ropas su puñal. Lo hallará, lo empuñará vigorosamente para que no pueda nadie hacer uso además de él y así permanecerán los esposos frente a frente, sin mirarse a la cara, él pugnando por sacar campo afuera su desazón, ella luchando por no dejarlo caer de rodillas. Separados unos centímetros se volverán a abrazar. Tornarán a separarse otra vez y en cada intención habrán de golpearse sin querer las frentes tocándose las caras a modo de caricias. Un miembro de la corte, previendo lo peor, estará tentado de llamar a los oficiales porque recela un mal final. Pero desistirá de la idea y quedará inmóvil en su lugar envuelto en su toga blanca viendo acontecer. Nadie hará nada, ni moverá un pelo para acabar con la escena. Cierto es que allí no habrá uno que asuste al rey, que se imponga a su voluntad (maldita costumbre en Grecia), es que tampoco habrá voces sueltas que se alcen y alienten a terminar con la acción. En ese público ocasional y testigo de los hechos, el instinto que habrá de despertar es el de la conservación.

— ¡Deténte, Aeneas, mi esposo, mi rey!

Del vino no queda ya sino el acre perfume en el fondo de la copa y el general-rey soltará entonces el puñal que caerá pesadamente sobre el mosaico haciendo tañer al acero al chocar contra el mármol. Los miembros de la corte observarán en silencio con los ojos salientes casi sin respirar.

— Toma un poco más de vino, esposo mío, y siéntate a conversar.

Eladia entonces les hablará en suave lengua y moderada a los miembros de la corte que miran sin entender: “Señores, hagan a mi esposo y a esta mujer el favor de dejarnos solos”. Y, tirándose uno a otro del brazo, mirándose de reojo, de a poco irá vaciándose el salón de esos indiscretos.

— Vamos, mi rey, esposo del alma, ¿qué te sucede?

— Comprendo si quieres sacarme de aquí. Te seguiré, esposa amada, donde tú vayas yo iré. Y perdóname por pensar un instante en

quitarme la vida tajando mis venas con el infame puñal. Es que los sueños de los reyes a veces vuelcan y caen, uno sobre otro se pierden en las nubes de la indiferencia, tan inútiles y tan revueltos.

Llegará pronto el amanecer. El cielo se ha de cubrir de exiliados nubarrones grises que correrán lentos con el viento que sopla del Egeo. El remanente chispear de las estrellas pasará al través. Estarán los esposos más que en cerradas penumbras en sórdidas tinieblas. Aeneas caminará por la alcoba de la mano de su esposa que a su lado llorará desconsolada. Los cuerpos harán un incómodo balanceo perdiendo por momentos el equilibrio esperando la mala noticia que llegue del norte.

Sorprendido en mitad del bosque, Alexios alzó el escudo y desenvainó la espada. Enfrente de su nariz unos doce bárbaros enceguedidos pugnan por arrancarle el hígado al hijo del rey.

— ¡Déjenme, valientes soldados, déjenme solo frente a esta chusma, yo me encargaré de entretenerlos!

Los soldados dejan solo a Alexios frente a la chusma enardecida no por ser obedientes sino porque ellos, doblados en número por el enemigo, se ocupan en salvar sus propios pellejos enfrentando a punta de lanza y espada los embates de esos hombres furiosos, terribles, sedientos de sangre.

En mitad del fragor surge una sombra delante de Alexios. A la luz moribunda de la tarde parece observar a una mujer cerca suyo en el campo de batalla. Es una de esas mujeres que aparecen en todas partes, esas que aman con abnegación.

— ¡Madre, qué haces tú aquí!— se distrae y exclama, Alexios, un segundo antes de sentir el frío acero y minucioso de una espada enemiga penetrando en sus entrañas a la altura del riñón.

Y tan crueles que somos con ellas. Nos dan la vida, el placer, la felicidad. ¿Y para qué? Para que tarde o temprano y a punto de morir, en un arranque de hastío como ocurre esta vez con Alexios bañado en sangre, exclamemos: "Siempre igual, necias mujeres, aparecen en el momento menos acertado."

Y así murió Alexios, el niño espartano que quiso ser guerrero y no labriego, con la imagen de su madre grabada en sus pupilas despidiéndolo de este mundo en su camino a la eternidad junto a los dioses.

El Olimpo de parabienes.

Al enterarse, Eladia no lo pudo tolerar... y su padre tampoco.

Camino al Taigeto ambos se dejaron morir de pena derribándose sobre las piedras como derribado quedó el sueño de una Grecia grande y en paz.

Ésta es la referencia que la corte personal del General-Rey-Aeneas ha expresado de los sucesos ocurridos. Y si no se juzga creíble lo narrado, basta nomás recordar aquello de: *como me lo contaron yo lo cuento.*

La vieja Europa

Paolo, mi abuelito calabrés, me dijo una vez: *De joven solía imaginarme en la Corte del rey Minos ocupado en saber qué especie de monstruo inconfesable puede ser el Minotauro, si es tan espantoso como dicen o quizás encantador. O luchando por mi vida y libertad en las arenas del Coliseo contra un bizarro gladiador que me doblara en peso y talla. Fui también bárbaro del norte o salvaje del sur, inhumano en el desierto buscando el momento de blandir la espada de cien kilos con mis músculos de acero para frenar el ataque de legionarios a la aldea y comerles después el hígado en extendida cena familiar.*

Ya no quedan en Europa lugares desiertos ni campos abiertos, y su necesidad se hace sentir. Quedan, sí, grandes ciudades. Sólo eso, grandes ciudades. Y para comprender a la majestuosa Londres, a la romántica París, a la eterna Roma, a Berlín, a Madrid o a Dublín, es preciso apartarse de ellas, tomar distancia.

Yo hice lo contrario, estuve allí todo el tiempo que me fue posible y las caminé sintiendo latir bajo mis pies la sístole y diástole de sus frágiles usos y costumbres, de sus viejas culturas y tradiciones.

Las ciudades que Europa me ofrecía estaban inmoderadamente crecidas de inequívocos rumores del pasado. Mi oído práctico pudo percibir sonidos de alas, de balas, de cinceles y pinceles, de aviones y violines, choques de aceros y ese deambular interminable de almas en pena que no logran todavía tumbarse a dormir el merecido sueño eterno, el de ciertos generales y artistas, músicos y juglares, bravos guerreros y tensos noveleros. Ellas me hicieron vivir el vértigo de los siglos, revoluciones, asonadas que no fueron, la bohemia y la estrictez, la ley y la anarquía, el orden y el progreso, la gloria y el fracaso. Yo no olvidaba (no olvido) que Occidente se ha forjado en Europa entre clarines y clamores, bajo un doliente y paradójal silencio.

Vi que Londres se contraía a orillas del Támesis, herida de un tajo a la mitad de su vientre por ese río-serpiente que no corre sino que manso reptaba. Y que latía como una señorona lo haría, flemática y poderosa, desbordante, intensa de oro y riqueza, con

exigua pereza, una señorona inalterable al paso cansino del tiempo, vigente, prudente, una ciudad en pleno uso y abuso de su corona, de su impávida porfía y una mal curada herida crecida en infame cicatriz.

Por su parte en París, ciudad que fuera muchas veces campo arrasado, cultivo saqueado, un páramo mugroso y gris para luego por fin la paz y la bohemia, a cierta hora del día en lo alto de *Père-Lachaise* sentí a flor de piel un viento dulce y latente soplándome de frente; tal vez el mismo que en aquella histórica revolución llenara el corazón del campesino, del labriego, del curtidor de cueros, del herrero, un viento que luego marcharía triunfal por los rancios *Champs Elysees* rumbo a Versalles a cobrar venganza. Trompetas, cantos y banderas, el pueblo entero de fiesta viendo dos cabezas rodar en *La Concorde*. ¡Cuánto se ha templado mi espíritu yendo de mi cuarto de hotel a visitar las antiguas piedras sobre piedras de la napoleónica Notre Dame en la isla de Saint-Louis!

Florenia sería ciudad apacible sin Leonardo y sin Miguel, no estoy seguro, lo presumo. Sería una ciudad, ¿cómo decirlo?, románticamente taciturna y silente entregada a sus fines pertinentes, callecitas de lustrosos adoquines adormecidos donde uno podría

andar a paso cansado sin obligación de atropellarse. Pero no. De tarde en tarde rondaba por la *Signoría* el grito de horror del Dante hundiéndose en los infiernos junto a Virgilio que sólo yo escuchaba. Los Medici y los Borgia, entonces, vinieron a la memoria. Pero todo volvía rápidamente a la normalidad tan sólo con abrir los ojos y mirar. Florencia no me pareció una muchacha entre las ciudades, tiene un hálito de mil años y jamás ignora la melancolía. Es una ciudad encajada en la encrucijada de una historia de la que no puede ni podrá nunca apartarse, salir de ella es imposible, a su alrededor resuenan aún los choques de intereses, las cofradías, los relatos míticos y los infames entramados políticos que un tal Maquiavelo claramente expresara en su obra inmortal.

Cierta mañana, en Roma, cuando el cielo claro de mayo iba cubriéndose de ámbar vi esbeltos monumentos moverse siguiendo el compás de la tradición, vi caballos alados volar y extraños seres inanimados se agitaban frenéticos ante mí en las fontanas, en los frisos y cornisas, en los tejados y pedestales, y un soldado gigante y frío con su talla de tres metros alzando en alto su espada quería cortarme de un tajo la cabeza entretanto clavaba su fiera mirada

yerma en mi pobre corazón de peregrino. Yo sentí, entonces, que era el instante fugitivo en que el todo en derredor me hablaba del poder, del dinero y de la gloria. ¡Del Imperio! Esa mañana en el Valle del Foro sobre el Palatino, entre viejos ecos de combates de agotados gladiadores y el resignado clamor de pan y circo, pude oír el paso apurado de seis legiones marchando al sur con sus morriones, armas, pértigas y escudos, águilas de bronce y estandartes, banderolas al viento, fatal momento tratando de alcanzar a las huestes del bravo Espartaco, del resuelto Crixo y del osado Enomao, un tracio y dos galos que otra cosa no querían más que la caída estrepitosa de un imperio despiadado y el renacer de la república.

Sería franco decir que otros actores, paseantes y errabundos, a su hora murieron de aislamiento en la vieja Europa, de hambre y tristeza, de disentería, de melancolía, primero caídos y luego tendidos en la húmeda hojarasca bajo enmohecidos puentes indiferentes. Pero si murieron fue porque no fueron afanosos y valientes. Yo sí encontré en Europa, en cambio, razones para crecer y elevarme.

Estaba solo y no lo estaba a la vez. Siglos de historia y belleza, sangre y arena, y el argumento

vehemente de ciertas vidas consumadas me acompañaban a lo largo del *Tévere*, del Sena, del Támesis, y me hablaban de sus tradiciones y conquistas, de empates y fracasos. Y de la gran literatura a orillas del Tajo, guardando para siempre su hermosura en el *hondo bajo fondo* de mi corazón cuando en la Toledo imperial me topé con los molinos de cuatro manos ante el inefable Don Quijano.

Algo dentro de mí impulsaba a invocar de continuo la compañía de Séneca, de Dumas y de Flaubert, del africano Escipión y del Bardo de Avon, y hasta del cónsul rocín de Calígula que imaginé emancipado del Concejo de Gerontes trotaba libre por los prados del *Piemonte*. O bien, ¿por qué no?, recordar también a Rómulo y Remo esperando en las cumbres hasta ver volar los doce pájaros antes de fundar la madre de ciudades sobre sus siete colinas.

Ciertamente, intuyo que no fue la eterna soledad (mi cobardía), sino las densamente pobladas y añejas metrópolis aquello que fui a buscar a las modernas ciudades de Europa. ¡Qué paradoja!

Al menos, me anoto como alguien que sabe lo que tiene que hacer y lo hace, fui ese que puede escrutar y elegir un sitio, tomarlo para sí y luego

dejarlo sin ningún remordimiento. Europa ya no es un desierto, han cobrado sentido sus campos abiertos. Está recargada de cuento, de música, de prosa y poesía, y de cierta elegía que la hace original y pervertida a la vez. Y, para todos los pesares del mundo, Europa es el lugar consagrado. Allí no he aceptado ninguna cosa por verdadera, nada que no conociera ciertamente como tal. No soy adepto a versos callejeros ni a dádivas, no las doy ni las recibo. Claro que me fue posible tener menos ambición y mayor nostalgia que en ningún otro lugar sobre la faz de la tierra, lo reconozco. Porque Europa es un repertorio de museos que nos dicen su andar entre siglos, un laberinto de ideas ciertas y erradas, de surcos y escombros, trincheras y fronteras, en fin... un suelo que pisaron los abuelos.

Y tomé nota de cada forma y efecto que Europa me ofrecía y sus secuelas pero, llegado el turno, no sé si por extenuación o simple causa paralela, una tarde fría rondando la pasarela junto a la ría de una ciudad sin fundador pidió mi corazón un lugar lejos de las elegías, de prosas y poesías, es decir, un lugar sin quejas ni lamentaciones.

Si hasta el propio Descartes, recordé en ese instante, optó por el desierto a la hora de meditar, un lugar en el mundo donde encontró la soledad y la ocasión propicia para serenar el espíritu y crear el más grande, tal vez, de sus poemas viriles. Entonces, para huir de la pastoral manía mía de garabatear relatos y ficciones necesité de otros desiertos paralelos y partí a mi ciudad, urbe de historia vacía donde recobrar serenidad no fuese mera fantasía.

Un lugar sin el alma del conquistador velando cerca, sin reinas ni reyes, emperadores o falsos cicerones conversando revoluciones, sin esclavos liberados y pobres mutilados. Apartarme del áspero y seco eco de aceros entrechocando, del cañoneo contundente, del tableteo de metralla en las campiñas, de los navíos pugnando en alta mar y aviones de guerra que al pasar regaban con sus bombas los poblados, de una granada cayendo lejos, de una bala silbando cerca. Lejos también del pincel y del cincel. Es decir, volver a Rosario, un lugar reposado donde entregarme a escribir este relato.

Solo en el fogón

Solo en el fogón inmóvil quedó mirando las brasas arder entretanto mil estrellas agujoneaban su cabeza produciéndole tan inexplicable inquietud que su ánimo comenzó a bajar rápidamente. Las brasas, cuando más preciosas se las veía, la brisa las reducía igual que los desencantos palidecen nuestras más placenteras ilusiones. Sus pensamientos se abatían entre dos mundos afines: ya dispuestos e inteligentes, ya fingidos y figurados; parecían de fácil ejecución unos y remotos, improbables de consumir otros. Se juzgaba tanto grandioso y dinámico como chiquillo y frágil, cabeceaba y se sacudía, el sueño hacía que los párpados pesaran, quería irse de allí y no se iba, ¿por qué?, porque ya no era dueño de sus actos, era un hombre sin ideas claras o determinadas.

De pronto, como surgida del mundo de los espejismos, una blanda voz le rescató de aquella fluctuación susurrándole en el oído del *cuore* duras palabras que encarnaban viejas pasiones y traiciones, recordándole miserias y tragedias y, al agotado resplandor de las postreras brasas la reconoció... ¡era ella!

“¿Por aquí y a estas horas?”... le dijo, y pidió que se sentara a su lado. Vio que su cara tenía una expresión compasiva, de una delicada sensibilidad y su pecho se expandía con marcada vivacidad haciendo que se movieran los pliegues de la blusa más ajustada al talle que de costumbre. Su mirada delataba una expectación mal simulada. “¿Tienes algo para decirme?”... mas ella no contestó. Tras lo cual se vio obligado a fijar la vista en el agónico fogón entretanto sujetaba en la garganta un antiguo lamento que hacía tiempo venía madurando, porque si él no hubiese tropezado con esa etapa de la vida en que el poeta anuncia: “las flores del fruto y del amor para siempre se han marchado” nada hubiese sucedido y quién sabe qué otras cosas menos tormentosas estarían creciendo aquella noche sentado solo en el fogón rumiando su traición.

La brisa era suave, el cielo seguía cubierto con algunas nubes bajas preanunciando la lluvia, las estrellas chispeaban ahora tímidamente a través de la nebulosa, en el fogón ya eran tibias las cenizas y él se veía como una sombra aislada envuelta en un etéreo crespón. El sigilo de la noche, su tenebrosidad, su misterio levemente interrumpidos por el jadeo

acompañado de su gastada boca abierta suplicando el perdón, sumado esto al sordo ruido que hace el fuego en el fogón, la soledad idílica y *cuasi* erótica del lugar y los pensamientos como única fantasía de una época encantadora y lejana que atravesaban cual torbellino de ardor su imaginación, le dieron al entorno un claro tinte novelesco.

Repentinamente sintió un despertar y volvió del exilio en que se hallaba, se levantó y trató de reavivar las llamas. Removió entonces las cenizas, descubrió brasas encendidas todavía, sumó un manojo de ramitas secas, sopló con todas sus fuerzas y un momento después el fogón centelleaba. Puso a calentar la pava y permaneció callado oyendo burbujear el agua y crujir la leña. El fuego ejerce un influjo hechicero, irresistible, hipnótico y seductor sobre los sentidos y al calor de las llamas el corazón se dilata, las imágenes emergen deliciosas y el espíritu se encarama hacia la cima de lo magno y lo bello en ráfagas generosas y sublimes.

Cebó el primer mate y, ofreciéndoselo, dijo: “Estás callada”.

Sin quitarle los ojos de su mirada color cielo suspiró cual justiciero que recobra el aliento al

liberarse de la honda opresión queriéndole anunciar su corazón que sigue amándola todavía. Lo hizo en un lenguaje desatinado, poco espiritual y por momentos inmoderadamente enigmático y confuso, propio de un hombre arrepentido, ahora insulso y vacío.

Miró alrededor buscando descubrir si alguien observaba. No había nadie a la vista. Notó, en cambio, que su voz interior tenía algo de revelador y misterioso que lo estimulaba a querer seguir hablándole pero, receloso de que algún morador de la noche escuchara, mejor calló. Luego, más impaciente que prudente no dudó en levantarse, dio una vuelta para asegurarse de que estaba solo y sentándose cerca de ella esta vez, crecido el distintivo rubor en la cara de quien se juzga culpable, le pidió: “No te vayas sin besarme”.

En ese momento oyó venir una ola de personas animadas y pudo escuchar claramente los pasos y las voces de sus amigos que volvían de la laguna con seis peces coleando en la canasta. “No quiero que te vean aquí, deslízate entre las sombras de la noche”, fueron sus últimas palabras de ruego y despedida.

Quedó tan turbado como ansioso, con un claro desasosiego en el alma percibiendo más cerca el griterío en medio de aquel frío que le obligó a buscar el

poncho. Puso a un costado el mate y la pava, bebió profusamente del pico de una botella como buscando en ella la expiación y rezó. A Dios rogó atormentado nunca tener que escuchar el cruel disparo seguido siempre de condena y voces de reproches. Entonces, una perturbación nerviosa lo oprimió sumada al dolor en carne propia y el miedo que significa figurarse una bala penetrando en la sesera.

¿De dónde provenía aquella idea?... ¡Para qué averiguarlo!

No pudo resistir y, aprovechando la dignidad que le revestía el poncho, dijo a sus amigos recién llegados al fogón, sentados en torno a un amasijo de redes, peces y aparejos: “Es tarde, estoy cansado, me siento viejo”.

Arrullado por el recuerdo se durmió.

Resistió los sueños más extravagantes. Así como las pasiones derivan de las sensaciones de la bestia, así también las miradas del espíritu dormido vienen de aquello que hemos visto despiertos, sea con los ojos, sea con la imaginación. Él nunca había tenido vaticinios en sus sueños hasta entonces y jamás volverá a ver —como Píndaro— a las abejas depositar

la miel en sus labios ni gozará del dulce jarabe que nacía de la boca de su alejada amada.

Para poder hallarla nuevamente, acariciar su rostro y conversar poesías menester sería que fuere más templado de carácter y ejemplar, un hombre bueno y sincero, espiritual, ir a buscarla y decirle que ya no es el tonto responsable de su desdicha.

Su ánimo saciado de dolencia le hace tomar a la ausencia y experimentar visiones redundantes: o ha de ver en ellas desvaríos que no se han de cumplir, o ha de ver desvariadas las cosas que una vez se consumaron.

Y diga después el destino si el espíritu divino revelará en sus sueños un blando y dócil porvenir en brazos de esa muchacha.

O diga después, y en contraste, si perpetuará en mente y alma su ausencia y la triste realidad que lo concentra.

Sueño cumplido

Eran tiempos difíciles, los niños terminaban la escuela primaria para enseguida comenzar a trabajar y otros más necesitados todavía lo venían haciendo desde tercer o cuarto grado; también ella, que a una edad impropia cargó sobre su regazo adolescente agujas, bastidores y telas de colores con la única y venerable función de ayudar a su madre a *bordar para afuera*.

Los privilegios, como ocurre siempre, estaban reservados para unos pocos.

No sé por qué hoy esta dudosa memoria que fustiga pretende hacerme creer que en aquellos años la ciudad se despertaba más temprano, diferente a lo que ocurre en estos días que se la nota remolona. Había en el barrio rumores madrugones: el agente soplando pito anunciando el rondín, truenos de persianas elevándose en punto a las siete, doñas barriendo veredas entre cortesías de *buen día*, el traqueteo del tranvía y las carcajadas a pleno diente del almacenero de enfrente tentado con los chistes del ocurrente canillita.

Así fue que a los trece, ella, que acababa de digerir los contenidos de álgebra y matemática y darle correcto enfoque al sujeto y predicado que a punta de puntero le machacaron sus maestros hasta entrarle en la sesera, de repente creció, alargó la pollera y cambió el rumbo de su vida cuando se vio rodeada de una decena de silenciosas-cabizbajas-muchachitas iguales entre sí trabajando a todo vapor en el pequeño taller de costura y labor. Su tarea no era otra que bordar *con esmero y prolijidad* siempre la misma paloma blanca sobre finos cuadriláteros de tela Damasco que le entregaba doña Lucrecia, la patrona, su madre. Y, terminada la jornada, ella: la que sería la Abuela Lita (en adelante Abuelita) debía entregar al menos seis pañuelos bordados con igual número de dedos agarrotados.

De nada le valía el hecho de haber aprendido la regla de tres al dedillo y conjugar de corrido los verbos en todos sus tiempos. Su madre (viuda a una edad inconveniente) y los vendedores de telas y pañuelos estaban más interesados en la habilidad de los dedos de Abuelita que en lo cultivado en el colegio. Al fin, la esmerada niña daba vuelo a palomas en pañuelos que acabarían soplando mocos o enjugando

lágrimas de anónimos venerables sujetos del centro de la ciudad, sus arrabales... y allende los mares.

Abuelita desvariaba: su sueño era renunciar a las máquinas y a las agujas, cursar la secundaria en el Liceo de Señoritas y empezar una carrera después en la Facultad de Medicina para recibirse de doctora y así “curar a los niños, evitarles la tos, y que no se resfríen ni levanten fiebre”.

*“Una ilusión, una sombra, una ficción;
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño y los sueños...
sueños son.”*

A pesar de Calderón, Abuelita ansiaba ser doctora y su madre nunca lo supo, ni siquiera le dio que pensar, eran tiempos que los niños debían callar, nada más obedecer y en sordina conversar con sus mayores cuando eran preguntados. Aprendido tenía Abuelita, de chiquita, que nada vale reclamar quien esperanza no tiene de ser oído.

La verdad debe ser dicha, tal vez no suceda en estos días pero hubo épocas en que a los adultos poco les importaba conocer los sueños de sus hijos.

Tal vez por miedo a la verdad o por ignorancia, creían que las ilusiones eran solamente heredad de gente grande y de los favorecidos *niños del señorío*. Y así fue creciendo Abuelita entre figuras bordadas, una tierna pena celada en su mirada y en el hondo blando fondo de su corazón toda desazón, sumado a esa tos invernal y el dolor ancestral de su infancia malhadada.

A los catorce sabía bordar flores y pájaros, a los quince hacía barcas y soles, y así fue aprendiendo hasta convertirse en la más eficiente recamadora del taller.

Luego todo sobrevino de golpe y el destino se posó sobre sus hombros, a los dieciséis conoció al joven amor de su vida en la Iglesia del Carmen un Domingo de Ramos en misa de once, a los diecisiete se casó y así, de la noche a la mañana, unieron en cuerpo y alma el dulce camino de una vida dilatada.

Sucedió que la mejor noticia llegó el día que, ya anciana Abuelita, el gobierno despertó de su amargo largo letargo creando la primera escuela pública para adultos. Entonces, aprovechando que esta vez sí estaba en edad de decidir, cerca de cumplir ochenta, le dijo a su esposo (en adelante el Abuelo) que quería

estudiar y una mañana de sol se inscribió nomás en la escuela más cercana... turno noche.

El Abuelo se permitió morir un año después sin entender qué diablos era lo que su esposa hacía hasta tan tarde fuera de casa. Una y otra vez le dio por rezongar y dado que nunca estaba lista su sopa de las ocho debía él calentarla o verse obligado los días de semana a irse a la cama sin su cena predilecta o, peor aún, sin el gorro de dormir. Pobre Abuelo, cumplidos los noventa no podía sin ayuda encontrar el bastón ni los dientes, la bolsa de agua caliente y menos sus huidizas pantuflas debajo de algún mueble, ni los lentes recetados ni la caja de remedios.

Para Abuelita, en cambio, una mujer lúcida, resplandeciente y vivaz, el deseo de terminar la secundaria y entrar en la facultad seguía vigente más allá de haberse quedado vacía del amor de su marido y que sus hijos (un varón y una mujer) le pidiesen en vano y *de rodillas* que dejara de lado esa *loca aventura* para evitar el peligro de andar sola de noche por la calle sin querer reconocer, ninguno de los dos, porfiados como son, la frase que ella repetía sin cesar y hasta el cansancio: "Más peligrosa que la calle es la ignorancia".

Abuelita insistió y todos en la familia estuvieron presentes en el acto de graduación llorando a moco tendido en el momento que el director le entregaba su diploma y el certificado analítico con nueve y pico de promedio. Abuelita, oronda y feliz, hizo de sus poses unas mil frente a la cámara hasta agotar el rollo de treinta y seis llevado para la ocasión. Una de esas fotos, la más emblemática tal vez, donde se la ve con su diploma y su sonrisa, la conserva su nieto mayor enmarcada en un sitial de privilegio sobre la chimenea en el living de la casa.

“¿Qué hubiese dicho mamá?”, se preguntaba Abuelita leyendo y releendo con deleite su diploma pendiente en la pared sobre el bargueño:

Por cuanto la Señora Manuela Céspedes de Carreras (nunca había renunciado al apellido del Abuelo) ha finalizado sus estudios, se extiende el presente diploma en la ciudad de...

“Ahora voy por Medicina”, decía en sobremesa. Si hay algo que la familia aún admira de Abuelita fue su valor, coraje y decisión para comenzar y esmerarse en terminar las cosas... aunque todo no se pueda.

Aquel agosto distante, quien por haber vivido bastante gastara todas sus fuerzas, abrazada a su diploma Abuelita agonizó en alborada. Murió a eso de las seis. Se sintieron tan compungidos que les fue imposible no prolongar el duelo, ella había sido en la familia el *espejo* y sigue siéndolo todavía no obstante el tiempo transcurrido.

Pero la gran sorpresa ocurrió la noche en que la velaban cuando su albacea (de dónde había sacado Abuelita un albacea nunca nadie lo supo) se apersonó en la sala con dos valiosos y famosos profesores universitarios: titular y adjunto de Anatomía. Abuelita seguía conquistando corazones aun después de haber partido, es que no había tenido mejor idea que donar su cuerpo a la ciencia y lo expresaba a conciencia en su testamento de puño y letra firmado en original y tres copias.

A la mañana siguiente, nívea, tiesa, forzosamente desnuda y en su rostro de cera dibujado un rictus afín a una sonrisa, Abuelita yacía boca arriba sobre una mesa de metal en el subsuelo fatal de la casa de altos estudios ante a la comprometida mirada de profesores y alumnos.

*“Una ilusión, una sombra, una ficción;
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño y los sueños...
sueños son.”*

Con perdón de Calderón... ni ilusión, ni sombra ni ficción. No toda la vida es sueño, señor, pues la viuda de Carreras, a su manera, hizo realidad lo que quería.

Un amor desbaratado

Eran las siete en punto de la tarde cuando llegó de la oficina agotado por el trajín del lunes. Ricardo no hizo más que trasponer la puerta cancel, encender la luz, caminar unos pasos y hallarla tendida en el piso de la cocina.

“¡Federica, Federica!”, gritó al tiempo que soltaba de la mano el maletín cayendo pesadamente sobre el cerámico esmaltado. Su desconcierto fue grande y tanto más su impotencia frente a la realidad que depara una muerte inesperada, la misma que suele jugarnos malas pasadas, que siempre encuentra nuestra guarida, el refugio elegido, y tarde o temprano nos atrapa en el momento menos pensado como le sucedió esa tarde a Federica.

Cuán difícil es contrarrestar el dolor que deja la partida de quien se quiere mucho. El lunes Ricardo lo vivió en carne propia y jamás podrá olvidar. En vano se esforzó en sacar de su torrente de saberes cuanto pudiera ayudar a resolver el enigma de la desgracia que amargaría su vida para siempre.

No podía reaccionar. Estaba paralizado. Tan sana que era Federica, en plena salud, joven, fuerte y

bella. Se sentó en el piso con las piernas abiertas mirándola yacer cuan larga era. Se aflojó el nudo de la corbata. En su pecho latía fuerte un corazón herido por tan grande amor desbaratado, prodigado durante los seis años que vivieron juntos y entonces sintió que se le rompía en mil pedazos. Otras mil cosas le pasaron por la cabeza, mil repasos, mil recuerdos. Como aquella vez cuando hizo un esfuerzo extremo para saldar las tres últimas cuotas del préstamo con el que pudo comprarle, al fin, la casa que a ella tanto le gustaba. Desde entonces, salvo cuestiones menores, no tuvieron nunca un sí ni un no. No podía (no quería) aceptar que una parte importante de él ya no estaba en este mundo.

Federica, con su hermoso pelo negro tendido en soberbio contraste sobre el blanco cerámico de la cocina, había muerto. Toda imagen es difusa para los ojos llorosos y éste era el caso. Por un momento los entrecerró y tuvo la impresión de estar frente a un cuerpo que se deshace en mitad de un cuadro surrealista y trágico de Dalí.

Trágico... es la palabra.

Se vio a sí mismo bajando sin la guía de Virgilio los nueve infiernos. Para él, estaba claro, Federica

había sido su Beatriz. Tímidamente buscó algún hilo de sangre que no vio y después de echar un rápido vistazo comprobó que cada cosa estaba en su lugar.

Se aventuró a desechar la idea de un asalto, de un intruso, de uno de esos indeseados que no quieren hacer otra cosa más en la vida que entrar en una casa a robar y matar.

El cuerpo había quedado caído con las manos cruzadas por delante de la cabeza, tenía los ojos cerrados y la cinta celeste atada en el pelo. A él le pareció dormida, es que no podía concebir tan doliente realidad. Reaccionó y la abrazó, y la apretó contra el pecho, y la besó varias veces en la frente mientras le hablaba suavemente con la vana ilusión que así despertara.

Se conocieron un domingo de octubre en la plaza San Martín. Aquella mañana luminosa, cómodamente sentado a la sombra de un fresno y mientras leía “El proceso” de Kafka, Ricardo la vio asolearse en el banco de enfrente. En realidad no la vio, en realidad la descubrió como se descubren las cosas bellas, de repente, sin buscarlas, que aparecen en el momento menos esperado.

Esperó un rato para cerciorarse (hombre prudente) de que nadie le hacía compañía. Se la veía espléndida, tierna todavía, la verdad hay que decirlo: demasiado joven. La juzgó tan hermosa que no pudo apartar los ojos de encima. Enseguida notó su mirada entristecida. Entonces, rápido como un rayo, con un leve gesto de su mano la invitó a que se acercara pero ella, imperturbable, haciéndole apreciar que era una dama, dio vuelta la cara con cierto y notorio desdén.

Ricardo se valió tan desairado que presuroso cerró el libro, lo puso debajo del brazo, aplastó con la suela el pucho sobre la grama, caminó unos pasos y se sentó a su lado.

Lo que más deseaba era quedarse con ella a compartir esa linda mañana. Sumisa y dócil, aceptó su compañía. Él entendió que la suerte estaba echada y, como por arte de magia, notó que poco a poco se enaltecía el candor de la primavera y las alas nacaradas de las mariposas se tornaban violetas.

Pasaron los minutos. Trajo a la memoria lindos versos de viejas poesías. Versos inolvidables que elevaron su espíritu en el prodigioso momento en que sintió por primera vez en su larga y solitaria existencia cosquillitas en la panza. Acto sublime y trascendental

en la vida de los hombres es enamorarse. Si hasta juzgó el vuelo singular de los gorriones y el zureo de inquietas palomas diferentes esa mañana.

Ahora, con el cuerpo de Federica enfriándose en sus brazos, Ricardo recuerda que bastó pensar aquella vez sobre la importancia de la unión, que la soledad no siempre es buena consejera y que el amor es la madre de todas las virtudes.

Sacudió su cuerpo inerte deseando en lo más hondo de su ser que Federica reaccionara y que sólo se tratara de una mala pesadilla. Quiso llamar al doctor Kruger pero en seguida evaluó la no necesidad. Federica estaba muerta. Mal podía pensar su pobre cabeza atormentada en un momento semejante y ahí nomás decidió enterrarla en el patio junto a la higuera.

Bien supuso que había enloquecido, estaba en lo cierto, pero poco le importó. Comprendió, sí, que el desvarío frente al dolor y a la chifladura emergen de quien sufre de repente y enferma.

Como pala no tenía, con una vieja cuchara de madera que encontró en el galponcito del fondo cavó un foso en el lugar donde el sol resigna su bello sello en los ocasos. A Federica le gustaba mucho salir al patio a la caída del sol a mirar el naranja del cielo.

Terminó con la penosa tarea de cavar cerca de la medianoche y, extenuado, regresó a la cocina. Se lavó las manos y enjugó sus lágrimas antes de alzarla con cuidado. A ella le placía mucho que la alzara y en ocasiones se quedaba dormida en brazos. Después, como pudo, caminó tambaleante hasta el pie de la higuera con Federica a cuestas y ese pesado dolor en el alma que lo hacía llorar a moco tendido.

No podía creer lo que estaba por hacer, pero lo hizo. Puso el cuerpo en el hondo fondo oscuro y húmedo del foso y ocultó el rostro de Federica con su pañuelo hecho sopa. Luego, con cuidado, acomodó a cada lado sus pertenencias: el cepillo, el CD de María Elena Walsh, la pelota de tenis, el collar y la correa, el hueso de hule y el platito colorado con la inicial.

Zapando recuerdos

Si por un instante alguien se figurara la historia del varón que pasó media vida cantando tangos en finos *cabarutes* de París, encumbrados boliches porteños y oscuros *piringundines* del bajo fondo sobre Avenida Belgrano los viernes de madrugada, no obstante la erizada voz del obispo y de los indecentes componentes de la Liga de la Decencia en tiempos de falsos recatos, pudores y fingida dignidad que resistían con rigurosidad espectáculos tan febriles, quien fuera objeto del deseo fantaseado por lindas casamenteras, aquellas preciosas celebrantes que lo veían pasear tan elegante por El Rosedal en tardes de primavera, envidia de guapos y pendencieros que buen uso hacían del acero y del mohín, centro de todo festín donde el tango se cantaba con guitarra y bandoneón, estrella del corazón de aquella escuela de música de Corrientes entre Salta y Costanera, se asombraría sobremanera al verlo en este estado: pobre perro abandonado, y cortejaría con su llanto más agudo este cielo gris oscuro de una tarde que ansiosa espera la noche y, ¿por qué no?... la lluvia.

Se llama Nicanor Valdés y debe su ánimo caído a los desaires sufridos en los actuales años en que perdió la voz y la presencia, y ese espíritu altanero hasta por momentos grosero que sólo promueve el tango, nada más espera de los otros el olvido.

Él es ahora como el náufrago que, después de haber luchado palmo a palmo con la muerte viéndola venir de frente montada en esa ola tenebrosa que lo hundirá en las frías aguas sombrías, hace un esfuerzo final y se aferra a la tabla salvadora que otro le arrebató impaciente al minuto siguiente en que la barca de un pescador se acerca en su ayuda... así es la vida, da y quita por igual.

A Nicanor Valdés las penas le han secado la mirada, el olvido hiela su corazón y la desesperanza mata la última de sus ilusiones. Hay momentos en que mucho se parece a la momia errante que se escurre sin consuelo por opacos callejones, pronta a bajar los escalones que llevan a la perpetuidad y, sin embargo, algo dentro de él se revuelve y le levanta cual sacudida eléctrica espinosa que poco y nada admite explicación... es su eterna confianza en Dios y el recuerdo de tiempos idos.

“Pobre de aquél que luego de haber perdido expectativa no conserva lugar en su corazón para refugiar en él la pluralidad de la fe”... piensa Nicanor Valdés.

Cuesta respirar en la costa febril de esta tarde-noche: autos que suenan sus bocinas erizando a las vecinas que en vano vienen quejándose. La ciudad, en su ir y venir de colectivos y camiones, deja escapar emociones pero también la música... como si algo más que tango hubiera entre lo transitorio y lo arraigado.

Se ve el puente a Victoria recortándose de cara a un cielo de menguadas estrellas y altaneros edificios a la vera del río. Crece en contraste con el perfil fantasmal que ofrecen las islas. Hay allí dos frontis, dos fachadas reproducidas: una mira al naciente donde el río sí se siente y la otra a una ciudad de luces indefinidas que iluminan la avenida oprimida por el hormigón y bendecida por la luz de los semáforos, lugar obligado de paso. Y, aunque el trajinar fuere constante, siempre hay ruidos que no entran en oídos distraídos. Ni el buen olor a los manjares en humo nacidos de las chimeneas se percibe, o esa ráfaga de

soplo rancio que empuja el lento viento del Paraná, allí todo es amistad, risas, choque de copas y pasatiempo.

Y, en este magnífico rincón de una ciudad sin fundación, donde nadie dijera una oración ni plantara sus pies ni clavara en su suelo la cruz del Hombre para bautizarla con su nombre, ciudad de corazones gringos de una sola orilla unida por un ideal entonces impensado se hizo, una vez, también el tango.

Circula entre los músicos que alguien definió al bandoneón como "un aparejo que respira, la síntesis de un latido". Nicanor Valdés lo sabe, le alcanza con una acción en apariencia simple, él testifica: "Basta estar cerca del fuelle para darse cuenta". O con un ejemplo de intimidad en la que se perciba claramente el tenor de la sentencia con sólo oírlo sonar, dedos sus teclas mimar, sus lengüetas temblar y al fin revelar qué diablos simboliza aquello de *tener el corazón mirando al sur*.

Frente al Parque de las Colectividades (ungido en honor a su herencia migrante) funciona la última de las *tanguerías*: "Buyón y Escabio", un lugar de culto donde nada se guarda quien allí se presenta a cantar, tocar, bailar, gustar de sus carnes asadas, ricas ensaladas y pasar un buen momento. De nuestra

cultura es un centro, lugar donde el tango se enseña a bailar por las tardes y a tocar sus instrumentos: guitarra, violín, bandoneón y donde acude de noche Nicanor a beber sus penas viejas, recordando sin una queja aquellos años movidos cuando de su garganta entrenada nacía la poesía: *Malena, Pasional, Naranja en flor*, letras cargadas de amor, de dolor y de coraje.

Y aquí, en la honda penumbra de una noche rosarina ya largamente parida, el corazón de Nicanor se bifurca: una parte torna al astillado entarimado del Tano Genaro en el Eden Park donde la gente de pie lo aplaudía y la otra, para no variar, corre sin parar hacia los cabarets de Pichincha con sus paredes de chapa, almas vacías y mujeres dotadas de belleza imposible *listas para servir*.

Desde la penúltima mesa donde habitualmente se sienta a beber su copa de vino escucha la música y la voz del trovador que llega de un escenario por poco improvisado. ¿Qué lugar más tanguero que “Buyón y Escabio” para gozar del compás que se niega a morir y dura todavía, de abrigar su acento compadre, lengua madre de la poética del vivir y del sentir y de la ceñida manera armonizada de concebir un cosmos pleno de energía? La voz del tango ajena sería sin el ronco

decir de aquel Nicanor Valdés que llegara en los sesenta con sus bolsillos rotos y el hambre a cuestas.

Después de su arribo a la ciudad, en muestra de afecto y confianza, el buen cronista (que todavía no lo tachó de la lista) escribió: “Valdés, naturalizado rosarino... así lo quiso el destino” mas, acudiendo al acaso, invocando al albur, probablemente sea de Barracas al Sur nuestro hoy anciano migrante. Magnífico cantante sentado a la mesa del bar, su copa a medio llenar, solo y sin billetera, acodado en la madera pasa la noche zapando recuerdos rondando el intrincado laberinto del amor y el vino tinto.

Sentada a la mesa contigua... ¿quién es esa anónima mujer latina que bebe, fuma, lo observa, aguza los sentidos y traza un antiguo dolor en los pliegues de su frente?

De repente, cual picaflor que acaba de libar, el hombre resigna la copa, infla el pecho bajo el chaleco y todo él se ilumina, la ve, la mira, deja trepar un dejo de rubor a sus mejillas, luego baja los párpados hasta casi no ver y al fin se sale con la suya.

Nicanor Valdés es ahora una mascarita que se quita el antifaz, hace alarde de intimidad y así, siempre

a contraluz, siempre a contramano, deja el tango de lado y le canta *sottovoce* una canción en italiano.

A los sesenta

Ciertos hombres, a los sesenta, se obligan a tomar revancha de un tiempo que pasó...

Yo no sé en qué estás pensando, Higinio, pero te digo que lo mejor sería decir la verdad cuanto antes, sin perder más tiempo y no esperar que el mal sea mayor: ¡Ya cumpliste sesenta! Convengamos: cuanto más demores en aceptarlo más te afectará, no hay secreto que pueda guardarse... Y menos un secreto semejante... Además, aunque no lo aceptes, por más que me digas que no es para tanto y que exagero, si bien te cuesta reconocerlo, Nora no se lo merece... y Guillermina tampoco... las dos son buenas minas, y si me *ponés* en situación de elegir, de tomar partido por una te juro, Higinio, te juro que me quedo con Nora... Ahora, si te *emperrás* en hacerte con las dos como si fueran trofeos de guerra, medallas ganadas en sendas batallas y comportarte cual un macho insensible encerrado en tu cascarón de oro creyéndote un ser superior, que nada malo va a pasarte, te aseguro que estás equivocado... Ya sé, ya sé, no me mires así, no soy nadie para darte consejos, nunca diste valor a mis

consejos pero esta vez *dejáme* que te diga lo que pienso... Esta vez, aunque no quieras, aunque te moleste, te lo digo igual... Yo la quiero mucho a Nora, lo *sabés*, la quiero como si fuese una hermana, mina que te viene bancando hace años y no me gustaría que termine sufriendo más de la cuenta, que bastante ya la hiciste sufrir a la pobre con tu arrogancia, tus vacíos, tus vanos aires de superioridad, *sabés* bien a qué me refiero, poniendo en ridículo a la mujer que te quiere tanto... Hasta la cena te lleva a la cama y de tus remedios jamás se olvida, una por una cada pastillita de mierda que *tomás* porque, si no, ya hubieras espichado con todos los achaques que *tenés* empezando por la hipertensión... ¿Quién te *creés* que sos, Higinio?, *disculpáme* que te diga... Es de infames llegar a este lugar... y, además, ¿qué *creés* que van a pensar los demás cuando se enteren?, a ver, ¿qué *suponés* que van a decir de vos... que sos un piola, un banana?, ¡qué va!, seguro van a pensar que sos un salame picado grueso... Además de tu conciencia, a dónde carajo va a ir a parar tu imagen de gran empresario que por otro lado te la ganaste, eso no se discute, Higinio, en lo tuyo sos el número uno, no hay quien te supere en el mercado... ¡Al sótano van a ir a

parar tu imagen y tu conciencia!, sepultadas en una cueva para siempre, hundidas en un pantanal, y de ahí en más serás un pobre viejo *chitrulo* chapoteando en el barro... *Pensá* en tus clientes cuando se enteren, en tus proveedores, en tus colegas, en tus banqueros adulones, en tus buenas relaciones, *pensá* en vos mismo *pajarón*, y sobre todo, *escuchá* bien esto que voy a decirte, *pensá* en esas dos mujeres... Porque perder a una mina como Nora, nada menos, la mejor de todas las minas sobre la faz de la tierra por una calentura pasajera es propio de un viejo pelotudo... Y como vos de pelotudo no *tenés* nada *recapacitá*, *reaccioná* y *dejáte* de joder con Guillermina, *dejá* que la piba abra su camino sola, que más linda y más buena no puede ser, que busque a su hombre por otro lado, un pendejo que la merezca y no un viejo *choto* como vos que hace rato está pegando la vuelta para ciertas cosas, que ya agarró el tobogán y por poco se viene a pique... ¿Qué decís, de qué felicidad me estás hablando, Higinio?, no seas arrebatado, no puede haber nunca felicidad en esa relación con una pobre chica a la que *tenés* encamotada como príncipe a su cenicienta, *estupidizada* diría yo, metida hasta las orejas con un tipo como vos, un sesentón recién

parido, alguien que bien podría ser su padre por no decir su abuelo, una mocosa a la que *tenés* agarrada, apretada en un puño, pobrecita, haciéndole siempre el verso que la *amás* como a nadie amaste en la vida, ¡*dejáte* de joder!... Y encima te cree... *Aflojá* con la bragueta y *pensá*... Y si *necesitás* encamarte, si te agarró el viejazo y *querés* demostrar que todavía sos un macho cabrío, un semental, qué sé yo, un estúpido padrillo compadre pavoneándose entre las minas pues guita no te falta, entonces *llamá* al “Rubro 29”, no lo hagas con Guillermina que es de buena familia y está para otra cosa, para una vida distinta... si vos no sos un mal tipo, Higinio, te conozco muy bien, pero vas a parecerlo empecinándote en seguir así, porque una cosa es tirarse una cana al aire, ¿a quién no le gusta?, a todos los hombres nos gusta y más a nuestra edad, pero no lo que estás haciendo, eso está mal, es una actitud cargada de deslealtad que hasta vos mismo vas a ir sucumbiendo y va a llegar el día que no querrás ni mirarte al espejo, *creeme*, vas a ir derrumbándote como se derrumban muchos de los que alcanzaron la cima, ejemplos sobran... te recuerdo que no caen los que quedan en el llano, esos reptan, caen los que están arriba, y cuanto más arriba

están, Higinio, más ruido hacen al estrellarse contra el piso, *avivate gilún* que atrás tuyo va a caer también tu empresa, poquito a poco, tu familia, *preguntate* qué dirían tus hijos y nietos de tu amorío, toda tu vida va a caer, en adelante nadie creerá nada de lo que digas... *enfermate* de los nervios, de estrés, *afligite*, *atribulá* tu cabeza con una doble vida de mierda como la tuya y después me la *contás*, te la vas a pasar mintiendo todo el día, un rato con una, un rato con otra... Y no me mires así... Sí, ya sé que sos un tipo que vuela alto y suelta fuego por la boca, al que nada lo asusta y todo lo que quiere lo tiene, pero *escucháme* bien, aunque te enojés te lo digo igual, *prestále* atención a tu mejor amigo, a tu compañero de dobles en tenis, al infeliz éste que ya pasó por ese trance y sabe de qué está hablando: vos no sos Dios, Higinio, *olvidáte*, ¡no sos Dios!... Y te lo digo así, en crudo, mal que te pese... *Miráte* allí, sentado en pose de rey en tu poltrona de cuero cruzado de piernas como un pachá, poniendo tu mejor cara de “hombre de negocios”, tan burlón y compadrito como el tango, viéndome de reojo, despreciando, desairando mi opinión, haciendo que cada una de mis palabras te entren por un oído y te salgan por el otro, lo sé, lo veo, lo siento... Claro, no

vaya a suceder que alguna de ellas te afecte, insisto, te conozco, a vos no te gusta que te hablen de este modo y a mí me importa un comino que no te guste... Pero este tipo que te habla de este modo, con el corazón en la mano, te habla porque te quiere, no hace otra cosa mejor y de buen amigo que darte un consejo... *Tomálo* o *dejálo*, Higinio, vos decidís, pero antes *pensá* que hay lugares de los que no se vuelve y menos a los sesenta, que ya estamos grandes para andar haciendo papelones, *bajáte* del caballo y viví... Eso es, Higinio, *pisá* la tierra que coraje no te falta... Y *acordáte* siempre de Nora por sobre todas las cosas, que ella no se merece esto, *perdonáme* que te diga... y Guillermina tampoco.

Decisión de cazador

Era un cazador entusiasta y, por cierto, efectivo. Solía tomar rápidas medidas, necesariamente sabias, estaba al tanto de que no debía equivocarse al momento de apuntar dado que un mínimo error le costaría no sólo perder la pieza sino una larga y tediosa y bochornosa jornada a puro rastreo.

Su afición fluctuó de un extremo a otro: de pequeño practicaba derribar de un hondazo cuanto gorrión volara cerca y con el correr de los años, y a no ser por el freno que le pusiera en su momento el Gobierno de Tanzania, casi terminó con la vida de los elefantes en el Serengeti, hoy Parque Nacional.

Dundero, un viejo somalí, el último compañero de aventuras en África, fue su consejero y guía. Y lo fue hasta el día en que el diestro cazador lo salvara de morir en las fauces de un cocodrilo y luego tragado de un bocado.

A regañadientes hoy reconoce su error y su pereza cuando aquel mediodía después de almorzar tuvo la imprudencia de dejar solo a Dundero lavando los platos a orillas del Nilo cantando tonaditas. Debió suponer —previsor como era— que los cocodrilos

nadan cerca de las riberas siempre al acecho. Su obligación era quedarse con él, vigilando todo, presto su fusil y con los ojos bien abiertos, sin desconciertos, para evitar los peligros que guarda la selva.

Al fin, pasó lo que debía pasar y todo sucedió en un santiamén. De un brinco la bestia alcanzó y atrapó al infeliz de Dundero en el primer intento haciéndole volar de las manos un trapo rejilla y un pan de jabón. Era un cocodrilo enorme y dientudo y, por lo que se sabe, hambriento.

Ya hacía diez minutos que estaba el cazador reposando en su tienda haciendo la digestión al momento de producirse el alboroto. No había terminado aún de fumar su cigarro de hoja cuando oyó la agitación, una fuerte sacudida en el agua y gritos desgarradores de Dundero pidiendo auxilio en dialecto somalí.

Como todo buen cazador, no tardó más de un segundo en reaccionar. Fue así que tomó el fusil y corrió descalzo y en paños menores en dirección al río mientras accionaba el cerrojo de su .375 Holland & Holland ubicando una bala en la recámara, listo para disparar (los buenos cazadores emparejan la marca de los veloces corredores de cien metros llanos toda vez

que una situación extrema les exige actuar). Fue así que dejó atrás, en la tienda, su copa servida y “Cien años de soledad” abierto sobre la mesa. Como todos los cocodrilos del Nilo éste también era de temer. El cazador vio que tenía la boca crecida en colmillos amarillos similares a cuchillos que apretaban con saña de Dundero las entrañas.

“Nunca había visto uno tan grande”, declaró luego en rueda de prensa.

El somalí era igual a un monigote de trapo que agitaba con impotencia y de tal modo piernas y manos que hasta parecía una humorada. Fácilmente el animal lo iba arrastrando Nilo adentro.

Sabido es que los cocodrilos almuerzan en el agua, su elemento, donde se sienten cómodos y a salvo. Entonces, antes de que esto ocurra y el cocodrilo se salga con la suya, el cazador tomó una nueva sabia decisión y alzó el fusil. Apuntó entre los ojos, el exacto lugar donde hay que apuntar, y disparó. Es increíble que haya hombres con el temple de acero de una espada toledana. Es la sangre fría del cazador la justa condición para afirmar el pulso en ocasiones. Nadie como él.

Una descarga descomunal hirió de muerte el denso silencio a esa hora temprana de la siesta.

El calor era decididamente agobiante.

Enseguida volaron los pájaros y un pánico aterrador sacudió la paz de ñus, cebras y gacelas que, indiferentes, pacían allí, cerca del río. El escenario derivó en una interminable y confusa estampida. Los animales asustados corrían sin ton ni son en medio de una ocre polvareda espesa que impedía ver lo que ocurría más allá de algunos metros.

La cabeza del pobre Dundero se deshizo como fulminada. Es que el resultado del impacto de una bala .375 Holland & Holland entre los ojos de un hombre se asemeja al de un rayo.

Como buen profesional, el notable cazador se compadeció y no permitió que el cocodrilo matara al viejo somalí a mordiscones, frente a sus narices y después se lo comiera.

Esto declaró a la policía que lo había detenido y puesto a disposición del juez.

Muchos detractores, en cambio, sea por encono o por maldad, aseguran que en realidad el cazador apuntó al cocodrilo pero su vista, agotada de tanto trajinar al aire libre y con el sol de frente en la

sabana, ya cumplidos los sesenta más su pulso vacilante, no era el eficaz de antes y por eso erró el tiro.

Hoy, para entretenerse, lee su revista favorita de caza, pesca y camping sentado en el Calabozo 35 del Pabellón 4, lado oeste, en la Prisión Estatal de Pensacola donde purga su condena de veinte años en gayola.

Entre dos infiernos

Es necesario hallar una salida, entretanto esto suceda, firme y erguido a las puertas a los infiernos, como desafiando al destino, el hombre siente en cada centímetro de su piel correr la duda y el miedo. Sus huesos se rodean de carne, duelen, y el todo late alrededor. Comienza a temblar mas, aunque no le afecte todavía, admite que hay algo de tristeza dentro de él y se resigna sin oponer resistencia, luego piensa: “Vale más el dolor de quedar dignamente triste que alegrarse por idioteces”. Motivos sobran para la zozobra y el desvelo y él, al no haber sido en ningún tiempo enérgico de palabras, creyó necesario esta vez ser enérgico en los hechos. Por eso es que se encuentra ahora entre dos puertas grandes y oscuras, sostenido por piernas de gelatina que a duras penas pueden mantenerlo de pie y en equilibrio, contraído su cuerpo, de cansados hombros derrumbados, es decir, una persona desecha por el paso de los años y las penas.

Sabe que detrás de las puertas habitan los secretos, están allí, ocultos en la sombra, secretos que constan en la mente del hombre y que el propio

hombre no conoce. Y si es cierto que las puertas cierran tras de sí las miserias humanas, rencores y repugnantes cometidos intuye, entonces, que al trasponer una de las dos puertas a los infiernos no tendrá retorno y su existencia estará signada por el eterno destino incandescente del fuego del averno y el tormento del tridente y, si no, acabará sus días vagando triste en esta vida terrenal.

Pero a pesar de sus múltiples fantasías el hombre no se atreve a certificar que es un creyente en exceso. “¿Infierno y Paraíso, qué es eso?”. En realidad, duda más de lo que cree, por eso, tal como confesara el poeta, más que creyente... es *dudante*. Sus sentidos no han logrado, hasta aquí, mostrarle la autenticidad de las cosas y los hechos. Está convencido de que no es suficiente ser mártir, ni necesario, acaso sea por eso que no puso fin a sus días todavía y anda como un penante, imaginando en un instante ese universo donde todo es perdurable y la muerte desconcierta.

Mira hacia atrás y allí está, al alcance de sus ojos, en el mundo de las finitudes, la otra muerte, la muerte lenta, el otro infierno, el infierno de la cárcel. Y si se empecina en seguir mirando, aunque no quiera y

no lo acepte, verá que su vida está desbaratada, que es una vida en ruinas.

Repara en lo que acaba de hacer y siente las manos manchadas con la sangre de su sangre, rubíes penden minuciosos de la punta de sus dedos. Ve que los cuerpos quedaron tendidos luego de caer a sus pies. Dos crímenes, dos horrores le arrancan lamentos de dolor y espanto. Persiste inmóvil, no puede evitarlo, percibe que es inminente la aceptación al fuego que llama y se asusta al recordar a Dante y Virgilio en ciertos pasajes de “La Comedia”.

Así, como en el otoño la hoja temprana resiste la caída, un acto remoto ajeno a su voluntad hace que su cuerpo resista de igual modo. No para de temblar, su cuerpo se llena de frío. Le vienen a la memoria poesías de otros tiempos cuando fue un pretencioso iniciado hombre de pluma que solía escribir apenas una fracción de aquello que inventaba. Ahora percibe que está a punto de desplomarse, de caer al suelo con el ruido del quebracho ante la herramienta impía del hachero.

Se tienta a abrir la boca para clamar el perdón. Pero no puede, no debe, es imposible prever la realidad de un perdón inmerecido. Dios no querrá

escucharlo en este día que espera pronto olvidar. Entretanto decide abrir una de las puertas crecen sus sienes en tibio sudor y especula que mejor sería huir. Huir... ¿a dónde? Está en un dilema. Se le ha derrumbado la teoría del libre albedrío que supone la omnipotencia. Justo él, que durante años fue un hombre todopoderoso que bien sabía lo que hacía. Lo hecho, hecho está... y no se resigna. Sin querer progresa su angustia, acelera su pulso al entender que está sitiado entre dos malditas puertas. Se siente acorralado. Tiene por delante la puerta a un infierno cuyo cerrojo no se aventura a descorrer y por detrás, la otra puerta abierta a un abismo que él mismo ha creado: su averno terrenal.

Esa tarde desgraciada de agosto, turbado y mal descansado, vestido con pijama de dormir, esperó que su familia regresara. No fue nada agradable pasar la noche en vela repasando los detalles de un plan que le obligaba a ser decididamente resuelto, rápido de ánimo y preciso. El arrepentimiento, en estos casos, bien lo sabe, no conduce a nada. En su atormentada vida lo que estaba por hacer era algo que en verdad no deseaba. Lo juraría ante Dios y ante el juez de los

hombres. Al fin de cuentas, no sabe por qué lo hizo. Y tampoco por qué mantuvo la camisola del pijama desabrochada con el cuello levantado, no era su estilo, y en su bolsillo, incommovible, abultado por el peso del acero, cargaba un revólver frío y negro ávido por soltar su vómito de fuego.

Inusualmente, su esposa y su hijo se retrasaron más de lo habitual esa tarde. Llevaba muchos años acumulados junto a una mujer que no le daba últimamente lo mejor de sí. Tal vez, cansada de su exasperante rutina no le absolvió y decidió ignorarlo desde aquel día en que le llegó el tiempo de los achaques. En parte la entiende, ella es joven todavía y él un hombre enfermo que padece el mal mortificante que le deja unas horas estar mejor que otras muchas.

Su familia lo dejaba en casa a merced de una angustia nociva y esa ruin depresión calamitosa que hasta el día de hoy no sabe cómo ha podido soportar sin ayuda necesaria y, harto ya, un agosto puso fin a esa costumbre.

Quizás por su rareza de ser imperturbable notó que estaba nervioso. Se pasó el día caminando haciendo zigzag entre los muebles de un rincón al otro de la casa. Del comedor a la cocina, del patio al

lavadero. Todos los momentos le fueron propicios para mirar las agujas del reloj que ya marcaban veinte para las seis y, como lo hace habitualmente, encendió dos velas de sándalo intentando en vano dar respiro a su ansiedad.

Para matar el tiempo se sentó al viejo piano y sin saber por qué escogió la música apropiada. Tocó “La muerte del Ángel” tres veces. Al instrumento lo escuchó desafinado, hacía mucho había renunciado a la caricia del ámbar de sus teclas. Observó también sus dedos crispados, sus manos azules y heladas en contraste con el marfil.

Después de encender un cigarro se sentó en un sillón de la sala frente a la ventana a esperar. Se puso a mirar la luz difusa y ocre de las velas pensando en la probable existencia de algún dios. Nunca había recapacitado con tanto decoro sobre un tema tan complejo. Lo hizo con decencia, como si la necesidad le mostrara su mejor cara de hereje. Dios fue la primera evocación que le vino a la cabeza en aquel momento crucial. Entre otras cuestiones menores se preguntaba si Dios tendría a su vez su propio Creador y especuló con la posibilidad de que Dios fuese el Hombre de otro Dios mayor.

Bastó aquel instante de pura reflexión para comenzar a calmarse.

Presumido de hombre culto, no tuvo reparos en llegar a la conclusión que el saber es la inconsciencia de ignorar. Por eso, mal podría no comprender sus actos. Mal podría desconocer la gravedad del hecho que estaba a punto de cometer por más sedantes que hubiera esa mañana tomado.

Sin embargo, el acto de cavilar lo suavizó. Fue todo un misterio apreciarse menos alterado. El crucial momento estaba próximo. Paradójicamente, y al sentir el corazón relajado, su estado de convicción iba en aumento.

Con el cuello estirado escudriñaba a través de la ventana para observar el momento de la llegada del auto y prepararse. A la vez, acariciaba el cuerpo del acero en el bolsillo.

Saltó del sillón al momento en que estallaron las campanadas de las seis que marcaba el reloj de péndulo en la pared en medio del silencio de su casa grande y hermosa... lujosa. Las fue contando con los ojos cerrados. Al terminar la sexta los abrió para ver que al otro lado de la calle asomaba el auto negro de su esposa conducido por su hijo.

Nunca pudo olvidar el tamaño de su felicidad la madrugada aquella cuando el doctor le dio la noticia: ¡Padre de un varón de tres kilos y medio! Se inició, entonces, la etapa de su vida más armoniosa y feliz.

Se detuvo el auto frente a la casa. Esperó que se acercaran. Vio a través del cristal de la ventana que ella lucía sobre los hombros la estola de piel que le obsequiara en el aniversario de bodas. En un soplo se puso de pie y apuró el paso hasta pararse en el recibidor de cara a la puerta de calle. Giró un segundo para mirarse en el espejo y se estremeció al ver su figura. Tenía el cabello sucio y revuelto. Los ojos tristes, la piel cansada y esa horrible cicatriz de la cirugía en el pecho claramente visible justo en el escote de la camisola sin abrochar del pijama. Volvió a concentrarse, debía poner su atención en el objetivo. Conservaba entre los dedos de la mano izquierda el cigarro a medio consumir y en la otra empuñaba el cabo del revólver cargado con cinco púas de la muerte.

De haber sido posible que alguien le viese en esa postura frente al espejo hubiera jurado que el pobre hombre estaba loco.

Primero oyó el tintineo de las llaves y luego una conversación. Tuvo la súbita impresión que ese era el día en que las puertas mejor calificaban como piezas trascendentales en la vida de un infeliz.

Aunque una intuición tenía no sabía quién sería el primero.

Lentamente fue alzando el brazo extendiéndolo hacia adelante hasta formar una línea recta paralela al piso y a la altura del hombro. La negra boca del cañón apuntaba directo a la mirilla. Despacio llevó el dedo índice al disparador y, con la mente más fría que el corazón, jaló del gatillo en el instante preciso en que la imponente figura emergía ante sus ojos.

Su intuición había fallado, no esperó que fuera su esposa la primera en entrar. El cuerpo se derrumbó hacia atrás con un agujero brutal en el pecho y fue a caer a los pies de su hijo en la vereda. El disparo hizo eco en todos los rincones de la casa y el acre olor a pólvora no tardó en confundirse con el sándalo de las velas que ardían todavía.

Al cabo de unos segundos de confusión fue un generoso charco oscuro y espeso el que comenzaba a asomar detrás de la cabeza de la infortunada mujer caída sobre las húmedas baldosas. Él hizo otro

disparo que tronó bajo el cielo oscurecido del invierno. Su hijo no se desplomó, quedó un rato de pie mirando alternamente los ojos de su padre y el agujerito en el suéter.

A pesar de su inconcebible sangre fría le conmovió la recién estrenada expresión en la cara del hijo cuando recibió el impacto, típico gesto grotesco de los desconcertados. Con la boca entreabierta, el padre entendió que algo guardaba para decirle antes del final pero, una vez más, su hijo no lo hizo. Llevaba perdida la cuenta, hacía mucho que esperaba escuchar de él dulces palabras. Exánime, por fin cayó de rodillas con la mano izquierda apretándose el lugar de la herida. Quería vanamente frenar el flujo de la sangre y poner fin al dolor. Arrodillado, consumiendo sus últimos segundos, no le quitaba los ojos de encima al asesino de su padre.

En este escenario impropio apuntó otra vez y acertó en la cabeza del muchacho que se desbarató en pequeños fragmentos de hueso y seso.

Caminó tres pasos. Se detuvo en el mármol blanco del umbral. Hasta allí llegaban los pies de la mujer con sus piernas abiertas y extendidas, tumbada boca arriba. Había perdido un zapato en la caída.

Después vio que tenía los ojos cerrados pero no le llamó la atención tan nimio detalle. Es que los lindos ojos de su esposa habían permanecido muchos años cerrados para él.

Se quedó un rato observándolos yacer más tiempo del deseado.

Su esposa había sido mujer bella y aun abatida seguía siéndolo. A pesar del aturdimiento tenía en claro que debía asegurarse acabar con la faena. Entonces, sin pensarlo, se aventuró a confirmarle el tránsito al más allá con otro balazo entre ceja y ceja que le desbarató la cabeza y vació sus ojos azules, aquellos que él mirara con deleite y fruición en los buenos tiempos idos.

La visión de los cuerpos tendidos no le resultaba nada agradable. Sintió que el brazo asesino se rendía al costado de su cuerpo y apartó la mirada de lo que quedaba del rostro de esa mujer, amasijo de carne y pelo. Con el acto consumado, alzó la vista para ver que el azul incommovible del cielo se iba poco a poco degradando tornándose gris oscuro, pronto a llover.

Apretó con fuerza el cabo del revólver y permaneció un rato observando las primeras estrellas

del sur. Algo balbuceó y, en un acto reflejo, instintivo, maquinal, llevó la boca del cañón a la sien derecha.

Respiró hondo. Quedaba una bala.

Parado frente a las puertas de los infiernos alza el arma a su cabeza y dos cuerpos caídos se entibian lentamente bajo un fastidioso rocío neblinoso.

Un tufillo se eleva de las baldosas.

Mientras, el dedo índice comienza a hacer su trabajo lentamente. De algo está seguro, será la última vez que experimentará un miedo semejante.

Pero... a pesar de que lo intenta no se atreve. No es algo usual y nada fácil precipitarse a abrir esas puertas. Sabe que le llevaría no más que una fracción de segundo transponerlas. Una explosión seguida de un fogonazo, tremendo agujero en la cabeza y ya. Eso es todo. Sin embargo se contiene. Estira la duda de querer o no jalar el gatillo.

¿Qué debe hacer?

Si se atreviese a mirar atrás vería que nada más lo espera otro infierno: la cárcel. No sabe cómo obrar. Está desconcertado y molesto. Siempre supo ser hombre habituado a tomar decisiones aun en las urgencias. Las ha asumido en los aciertos y en los

errores. No debiera resultarle difícil intentarlo una vez más. Pero no puede. Esta vez permanece indeciso, parado entre las dos puertas. Es un pobre hombre, viejo y loco, en sus últimos momentos. Descubre que le queda intacta la memoria y otra vez repasa los textos de Dante nada más que para seguir temblando.

Él sabe que quien le espera tras la puerta tendrá un trato bestial que no podría soportarlo.

Tiene que encontrar una salida. Entonces, se le da por confrontar los dos infiernos. Mucho tiempo para decidir no queda, mas trata de no apresurarse. Resultaría muy alto el precio a pagar si cometiera un error en este momento trascendental.

Se queda pensando si la vida vale cuando dos no se aman y tres se desprecian. Mientras, reconoce con desánimo que la gente igual sigue marchando ajena a su desdicha. Ignorando su pesar.

Justo ahora le da por llorar, ahora que está en trance de elegir. Descubre para su bien que son de alivio sus lágrimas. De repente, como si un batido de luz lo envolviese de los pies a la cabeza, aclara su mente y encuentra la salida. Es un argumento...un pretexto, no más que eso. Su cuerpo comienza a perder tensión, los músculos se ablandan.

Retira el dedo del gatillo postergando el *último* acto de morir.

No es fácil abrir cualquier puerta al infierno, debiéramos saberlo. Ya tendrá una nueva oportunidad de elegir. Examinando su conducta ahora siente que obró cual un cobarde, como un infeliz más que teme a lo desconocido.

No se arrepiente. Lo encerraron un tiempo. Después verá.

El hombre de abajo

De abajo las cosas se ven diferentes, tienen otras perspectivas, empezando por el color negrozco con que miro la vida.

¿Y qué quiere que le diga?, no me gusta. Me cansa. Además, no es fácil. Siempre ocurrió que el de abajo tiene el estorbo de ver las cosas de un modo poco feliz, ¿cómo decirlo?... menos arrogante.

Y eso que yo no soy uno de esos fastidiosos que se pasan el día quejando, protestando, cortando puentes, pancarta en mano, quemando cubiertas, no señor; yo soy alguien que aspira trepar los escarpados muros de la vida del mejor modo que me sea posible, con las mejores intenciones, siempre con esfuerzo y dignidad, aunque las más veces no llegue ni a la mitad del recorrido.

Y suponiendo que con esfuerzo uno alcanzase la cima, sea *por hache o por be* al fin se desmorona, se hunde, se cae... o lo hacen caer. No me pregunte las causas, no me indague por favor, no quiera saber más de lo que yo mismo ignoro. Tal vez resuma el mal que me pesa pensando que se trata, simplemente, de la fatalidad.

La culpa no es toda mía y, aun sabiéndolo, no consigo tranquilizarme. A veces imagino situaciones y me pregunto por qué soy un hombre de abajo. Quizás sea por la inmensa melancolía que se apodera de mi alma.

¿Acaso, usted, puede manejar su melancolía? Nadie puede sin ayuda y la ayuda es costosa en mi caso. La ayuda significa el dinero que no tengo para pagarla.

Le digo que me tomó un largo tiempo darme cuenta de que abajo todo carece de importancia. Yo pensaba que no, creía en otra cosa, aunque confieso que hace mucho lo venía maliciando. Y, gran pavote, recién ahora tengo la certeza llana y dominante, clara y precisa de que soy un pobre tipo y, ¿quiere saber lo peor?... lo fui siempre.

Nada existe para mí. Muchas cosas existieron antes que yo pero ninguna me pertenece. Dejé entonces de enojarme con los hombres y acabé por no prestarles atención. Ya no me encuentro con la gente, me la tropiezo. Y a pesar de que no puedo estar nunca concentrado hace rato que no pienso más que en una sola cosa: quitarme la vida. Pero como nunca pude

resolver uno solo de mis problemas en tiempo y forma, intuyo que tampoco resolveré éste.

Es para mí un verdadero dilema, si es que me coloca usted en situación de ponerle un nombre. Pero haré lo mejor y cumplir con mi propósito. Por eso esta mañana me animé y fui a comprar unos metros de soga. Hoy es el día indicado. Y créame si le digo que, apoderada de mí la decisión, todo me es indiferente.

Me ha llegado la hora.

Y no me venga con la cantinela que vale la pena vivir, que abra la ventana del cuarto para mirar los astros esta noche, la luna, y bañarme en su luz de plata, o respirar el aire puro del sereno, sentir el rocío en la cara o cosas por el estilo. No intente ejercitar poesía barata conmigo y hacerme creer que la vida es bella.

La vida no es bella.

Será en vano cualquier ensayo que usted arriesgue, sea una u otra la excusa no estoy dispuesto a escucharlo pues cuando se toma una decisión tan difícil, terminante, no hay *cristo* que impida concretarla.

Ya le dije: llegó mi hora.

Por eso estoy queriendo hacer un buen nudo corredizo para que la soga se deslice correctamente

cuando salte de la mesa y me ahorque al primer intento, de un solo tirón y de una buena vez. No vaya a suceder que el nudo se atasque y me quede a medio morir colgando como un mamarracho, un hazmerreír, temblequeando y dando pataditas al aire con la cara azul y esa pinta de espantapájaros de mala muerte (nunca mejor dicho) que tienen en el trance los colgados.

Morir sí, pero dignamente.

Ha estado lloviendo toda la tarde, fue una lluvia fría, minuciosa, lúgubre. Un clima amenazante, lleno de hostilidad. Y ahora que paró se levanta una neblina grisácea más húmeda y más fría que la propia lluvia. Y, por más que abro de par en par la ventana de mi cuarto miserable, no veo siquiera el pavimento de un extremo al otro de la calle.

Es un buen momento.

Creo que si la tenue luz amarillenta de la lamparita se apagara en este instante la impresión dentro del cuarto sería menos desoladora, los tibios resplandores entristecen más mi corazón... ¡Ay, de mí!

No he comido en este día y lo único importante que he realizado en las últimas veinticuatro horas es juntar fuerzas para contarle esta desdicha que no me

deja respirar. Quiero confesar que estuve todo el tiempo en silencio dejándome arrebatar por la ira, que en un momento hasta gocé con la idea de incendiar el inquilinato. ¿Puede creer? Pero, usted sabe, soy un hombre de abajo y claramente no califico para tales emprendimientos.

Como dije, la vida me es indiferente. ¿Por qué indiferente?, insistirá usted, y le respondo otra vez que realmente no lo sé. De modo que todas las tardes a esta hora del crepúsculo, cuando los hombres de abajo dejan de soñar, yo sólo pienso en colgarme.

Y resolví que debe ser hoy el día.

Y ahora, justo en el momento preciso en que estoy parado en el borde de la mesa con la soga al cuello a punto de saltar, listo para dar el último paso veo, a través de la ventana, a un pibe que me mira desde la vereda. Que, a decir verdad, no me está mirando a mí sino que mira mi corazón herido y no me pregunte cómo lo sé... lo intuyo.

Veo que tiene debajo del brazo una pelota de cuero gastado y reseco. No dice nada, solamente me mira con esa carita *de no lo hagas* que ponen los pibes al mirar, cuando miran sin comprender o, luego se verá, comprendiendo demasiado.

Un pibe de barrio como él, que por la pinta no creo que pase los siete años, no debe saber qué es lo que está a punto de hacer una cacatúa como yo subido a una mesa con una sogá alrededor del cuello.

Entonces, también lo miro y mi primera reacción es cerrar los ojos. No quiero verlo. No quiero llevarme a la eternidad la postrera imagen de ese pibe. ¿Qué derecho tiene un suicida de arrastrar en sus retinas la imagen de un angelito al más allá? Cuando los abro veo que todavía sigue allí. Tiene unos ojazos increíbles debo decir, tan densos como la oscuridad, tan negros como la noche y algo en su mirada me dice que estoy por cometer una locura.

Pero, usted sabe, el hombre de abajo es un poco loco.

El pibe sigue en la vereda sin decir nada con su pelota bajo el brazo. Quedo mirándolo hasta que sonrío... me sonrío. ¡A mí me sonrío!, ¿puede ser que esté sucediendo un milagro?, porque nunca un pibe me sonrió y, al hacerlo, me deja ver dos hileras de dientes blancos como blanca es también su almita. Me conmuevo. Yo le devuelvo la sonrisa, no me explico por qué le devuelvo la sonrisa dado que hace mucho que no sonríó.

¡Qué lindo es sonreír después de todo!

Y de sonrisa en sonrisa, entretanto, voy eludiendo el salto. ¿Y sabe qué pasa después?, no lo va a creer, el pibe hace un guiño y con un ademán de su cabeza claramente me invita a salir a la calle a jugar un rato con él a la pelota.

Estoy en trance, en un brete, soy un hombre parado en el umbral y necesitado de resolver un dilema.

Yo, que de chico nunca tuve siquiera una sola pelota, imagíneme queriendo patearla justo ahora que me estoy por suicidar.

¿Cómo será el grandor de la emoción que siente un niño al patear una pelota?, no lo sé, siento curiosidad, mucha, para qué mentirle, y por eso decido postergar mi muerte sabiendo con certeza que podrá esperarme un rato más.

Me quito la soga del cuello y bajo de la mesa con cuidado de no caer, no vaya a suceder que me rompa la pierna justo ahora que quiero dar mi primera patada a una pelota, la primera en mi vida, estoy seguro de que será una gran experiencia.

Así las cosas, dejo la soga ondeando graciosa y salgo a la vereda.

El pibe me dice que se llama Juan y le dicen Juanito, que tiene doce años y vive con su madre junto a la laguna, que sabe perfectamente lo que estoy por hacer porque su papá lo hizo una mañana de abril. Después le da una patadita a la pelota que rueda mansa hasta mis pies como queriéndose presentar y decirme “hola”.

Y jugamos un rato.

Entrada ya la noche el pibe se va, me dice que su madre lo espera a cenar. No ha dado más de cinco pasos y se detiene para girar y mirar, clava sus ojos en los míos al tiempo que alza la mano que saluda y, dibujando una sonrisa grande como una casa, la que todo ilumina con su esplendor, habla como se le habla a un amigo y me dice que regresará todos los días a esta hora a jugar conmigo.

¡A jugar conmigo!, ¿puede creer?

Poco a poco su cuerpito se va esfumando entre la bruma hacia la honda intimidad de las sombras y desaparece llevando bajo el brazo nuestra pelota de cuero.

¡Nuestra pelota de cuero!

Me quedo un rato pensando, veo que una estrella parpadea en el cielo y aparece la luna en el

charquito, subo los dos escalones que separan la vereda de mi cuarto de pensión y, entregado a la tarea de desarmar el nudo, caigo en la cuenta de que estoy sonriendo y no veo las horas que llegue la tarde de mañana.

Ante esta sensación mi aliento se suspende y en voz baja rezo por el pibe.

Índice

Palabras preliminares del autor	7
Chileno el hombre había sido	9
Censa Nacional de Personas y Hogares	17
El costado femenino	35
Difícil de explicar	52
El discreto encanto de vender libros usados	58
Niño espartano	83
La vieja Europa	121
Solo en el fogón	129
Sueño cumplido	135
Un amor desbaratado	143
Zapando recuerdos	149
A los sesenta	156
Decisión de cazador	162
Entre dos infiernos	167
El hombre de abajo	181